

Germinaciones

de los talleres literarios Luvina Joven

Universidad de Guadalajara



Luvina

GERMINACIONES

de los talleres literarios de Luvina Joven



Marco Antonio Cortés Guardado
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Mario Alberto Orozco Abundis
Rectoría del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño

Primera edición, 2012

Coordinadoras
Sofía Rodríguez Benítez
Virginia Ramírez Moreno

Selección de textos
Armando Figueroa Torres
Mario Alberto Pérez Grana
Guadalupe Aguilar Rojas

© Los autores

© Ilustraciones
Perla Castañeda Oropeza

Diseño de interiores, portada y diagramación
Perla Castañeda Oropeza
perssis02@hotmail.com

D.R. © 2012, Universidad de Guadalajara
ISBN 978 607 450 123 0

Programa Luvina Joven (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior).
Av. Hidalgo 919, Sector Hidalgo, Guadalajara, Jalisco, México, C.P. 44100.

www.luvina.com.mx

Hecho e impreso en México / *Printed and made in Mexico*

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes.

GERMINACIONES

de los talleres literarios de Luvina Joven



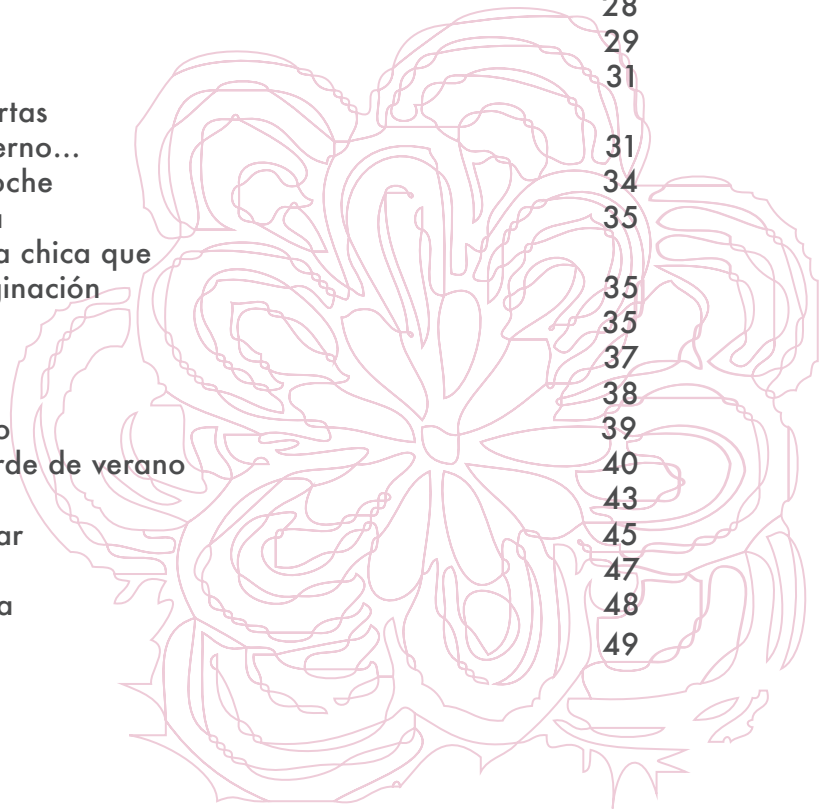
Luvina

ÍNDICE

Selección I

Selección de Armando Figueroa Torres

Presentación	9
Autorretrato	15
***	17
El cuento del loco	18
Caras	22
Verde, muy verde	23
Sueño olvidado	24
***	25
Un suspiro	26
Mi basura	27
Arte poética	28
Sr. Carlos	29
Tú y yo	31
Las enormes puertas	31
De acceso al Averno...	34
La ciudad y la noche	34
La flor y la abeja	35
Cuento sobre una chica que espera a su imaginación	35
Universo	35
Adiós, cerebro	37
Rutina	38
Un nuevo imperio	39
Sueño de una tarde de verano	40
Encuétrala	43
Casualidad o azar	45
6:59 am	47
Ya no me importa	48
***	49



Selección II

Selección de Mario Alberto Pérez Grana



El refrigerador	53
Aquí estamos	54
Autobiografía ficticia	55
Calzado sincero	57
Carita feliz	61
El ocio	62
¿Quién es más desafortunado? /	63
Diego Velásquez. Visión de un fragmento	67
À bientôt, Marcel	68
¿En tinta negra o azul?	73

Selección III

Selección de Guadalupe Aguilar Rojas

¿Se puede querer a dos?	77
Nunca despertar	78
Hablo solo	80
... Fueron las estrellas...	82
Tiempo, tiempo...	83
Tres haikús	85
Minificción	85
Los daños	86
Instrucciones para despertar	88
El asalto	89
De cuento	92
Untitled	93
Te mentiría...	95
***	96
De pesadilla a realidad	98
Bigamia	102
***	103
Tres años después no es lo mismo	104
***	106

El iconoclasta	107
Enamorado	108
Luna	109
***	111
Esmeralda	113
***	114
Loción nocturna	115
No olvido	116
Tirarse al vacío	117
Maravillosamente increíble	118

Selección IV

I Concurso Literario Luvina Joven, 2011



Si las paredes del salón hablaran...*	123
La noche, a orillas de la Alameda	124
Ser estudiante de preparatoria*	128

Selección V

II Concurso Literario Luvina Joven, 2012

*** *	133
Ése debería ser yo*	134
Poesía irrefutable*	138
Entre cumbias, guacamayas y otros males*	139
¡Ya viene, ya viene!*	143



Presentación

¿Cómo podrían caber en unas cuantas páginas los sentimientos, emociones, ideas e imaginarios de todos los jóvenes que han estado en los talleres Luvina Joven? Imposible. Ésta es sólo una muestra de las germinaciones literarias que brotaron en los talleres de lectura y creación literaria Luvina Joven, creados y promovidos por Luvina, la revista de literatura de la Universidad de Guadalajara (UdeG). Son hasta ahora cinco años ya de trabajo ininterrumpido en esta labor de la promoción de la lectura y la escritura, primordialmente en las preparatorias de la propia UdeG. Los autores de estos textos son, pues, muy jóvenes, y éstas son sus primeras revelaciones a través de la palabra escrita.

Definitivamente no hay semilla mala para la literatura, sólo hay que orientarla hacia la luz y desbrozarle un poco el suelo para que encuentre los mejores veneros, los mejores nutrientes que ya tiene su terreno. Esta labor de ayuda la han realizado los estudiantes de Letras Hispánicas que han elegido participar en Luvina Joven dando talleres como una forma de hacer su servicio social y/o sus prácticas profesionales. En cinco años suman ya cerca de cincuenta de ellos que han compartido con los jóvenes de las preparatorias que asisten a los talleres sus conocimientos y su amor por las letras, en su afán de extender el contagio del placer literario que produce la lectura y la entrega generosa de los autores a través de la escritura.

Habrá muchísimas razones para justificar la terquedad de trabajar para que aquellos “no iniciados” en el placer literario prueben al menos de estos frutos –por ahora no prohibidos– del hombre que desentraña su esencia, que ponen en evidencia en qué consiste el adjetivo “humano”. Quienes trabajamos en Luvina Joven creemos en la literatura como un acto de fe: creemos sin ver, hacemos de la posibilidad –o hasta imposibilidad– una realidad. ¿No es ésta acaso una gran capacidad? Y en la lectura y/o la escritura la ejercitamos constantemente.

El contenido de este libro se divide en cinco partes. Las tres primeras están integradas por una selección de textos creados por los alumnos de las preparatorias de la UdeG que asistieron a los talleres Luvina Joven desde el calendario escolar 2007B y

hasta el 2011B. La selección la hicieron Armando Figueroa Torres –quien actualmente está al frente del taller Luvina Joven en la Preparatoria 14–, Mario Alberto Pérez Grana –que recientemente se ha integrado a Luvina Joven– y Guadalupe Aguilar Rojas –que imparte un taller Luvina Joven en la Preparatoria 13. Ellos tres son estudiantes de la Licenciatura en Letras Hispánicas en la UdeG y aceptaron voluntariamente participar en la selección. Cada uno trabajó de manera independiente, estableciendo en lo individual los parámetros que rigieron sus decisiones.

La parte I abarca textos publicados en la sección Luvina Joven desde el número 51 hasta el 56 de la revista Luvina en presentación electrónica (www.luvina.com.mx); la parte II, del número 57 al 62, y la III, del 63 al 67. Las partes IV y V contienen, respectivamente, los textos ganadores de los dos concursos literarios Luvina Joven realizados hasta la fecha, el primero en 2011 y el segundo en 2012.

Quede esta compilación como una memoria y constancia del talento y potencial literarios que hay en las aulas de nuestra casa de estudios, de la gran dedicación y entrega de los estudiantes de Letras Hispánicas que estuvieron al frente de esos talleres, y de quienes desde las oficinas de Luvina coordinamos y hacemos las gestiones necesarias para que se realicen.

Sofía Rodríguez Benítez
Coordinadora del programa Luvina Joven,
talleres de lectura y creación literaria

Octubre de 2012

Desde que inicié mi camino como tallerista he tratado de comunicar en cada una de las sesiones que todos tenemos algo que contar. Y para confirmar esa convicción proporciono a los participantes textos escritos, visuales o auditivos, un tema de creación en los que pretendo encuentren una motivación para escribir. Por lo general, termino cada clase sorprendida por el potencial que demuestran los jóvenes con sus escritos, pero sobre todo por la entrega y dedicación plasmadas en cada texto.

La presente compilación contiene lo más destacado de los trabajos que los talleristas de Luvina Joven lograron rescatar de este espacio creado por la revista Luvina en preparatorias, un espacio de expresión y, más importante aún, un mundo de posibilidades para el desarrollo de la creatividad.

Las emociones son un gran motor para el ejercicio de redacción, lo he podido comprobar durante la mayoría de las sesiones de mi taller y confirmarlo al hacer esta selección de textos. Al leerlos, nos envuelven el misterio y el sinfín de posibilidades que llevan a los personajes a encontrar el final de sus vidas, los asesinatos y las pasiones que impulsan a un sujeto a cometer un crimen, el amor enfermizo, el primer amor, el amor indeciso, el amor versificado, el amor lascivo, la inestable condición del Tiempo, el erotismo que triunfa ufano sobre el pudor... éstos son algunos de los temas más frecuentes expuestos por los jóvenes.

Los autores de los textos compilados, al momento de dar vida a sus textos atravesaban por la adolescencia, muy probablemente ese taller de creación fue su primer acercamiento al quehacer literario, sin embargo, no nos encontraremos sólo con textos producidos por la emoción de la fugaz inspiración, también destacan la constancia y dedicación, sobre todo en los textos creados con juegos de palabras y algunos con expresiones únicas.

Bienvenidos, lectores; espero que se dejen seducir por la innovación y fresca para entrar al universo de estos jóvenes.

Guadalupe Aguilar Rojas
Facilitadora del taller Luvina Joven
en Preparatoria 13



Selección I

Selección de Armando Figueroa Torres

Autorretrato

Callada como triste capullo
que florece en la corteza
de la oscura latencia.

De la voz que con su silencio dice mucho
pero a la vez nada.

Los labios que al tacto suaves como seda;
mirada perdida, como de la que oculta algo
y con el toque de la lágrima
derrumba su mundo.

Cabello con aroma a tiempo transcurrido,
a lugares visitados, polvo alojado;
manos temblorosas que sudan
al tacto de tu oscura presencia.

Penumbra es el futuro, penumbra es el presente
y hasta la última gota de la sangre derramada
contará mi sufrir.

Rocío B. De Anda
Preparatoria de Tonalá
Luvina Joven 51



★ ★ ★

Cristian A. Paz

Preparatoria 7

Luvina Joven 51

Estoy consciente que mi conducta es cuestionable al igual que mi manera de pensar, sobre todo desde su punto de vista ético y moral; sin embargo, nadie puede decir que mi existencia no ha sido hasta ahora comprometida conmigo mismo y con lo que creo y asumo como la verdad. De ninguna manera quiero decir que yo poseo la única verdad, lo que quiero decir es que realmente creo en lo que digo y que actúo en conformidad, asumiendo la responsabilidad de mis acciones. Bueno, eso no es del todo cierto, la verdad es que yo no hubiera venido aquí por mi propia cuenta, esto es básicamente porque mis parámetros éticos y morales no son los mismos que los suyos. Aun así, debí asumir el hecho de que al vivir en un sistema como el suyo es preciso guardar sus normas incluso si éstas son opresivas y arbitrarias y tienen el propósito de enajenar y oprimir. Pero no, yo no creo que un sistema que busca preservar un “orden” que sólo beneficia a unos cuantos afortunados sea digno de mi respeto y sumisión. Cuando dije que asumo mis acciones con todo y sus consecuencias no quise decir que pienso que merezco un castigo, sino que asumo los riesgos que representa pensar de una forma distinta. Ustedes creen que mi percepción de la realidad es profundamente equivocada y por eso me tienen aquí; no obstante, seguiré así hasta el final, con la esperanza de que algún día cambien las cosas y ustedes sean los que lleven puesta esta camisa de fuerza y no yo.

El cuento del loco

Alba Huerta

Preparatoria 11

Luvina Joven 51

Se cuenta que una vez, en una ciudad lejana, tal vez cercana, nació un niño al que llamaron Free. Este niño creció como cualquier otro hubiese crecido en esa ciudad, pero cuando llegó a la temida edad de las responsabilidades y decisiones, resultó ser diferente a cada uno de los habitantes de su ciudad. Él no hablaba de lo que siempre se habla, no hacía lo que siempre se hace, sino que se la pasaba caminando por toda la ciudad, siempre con una libreta en la mano y un sombrero de copa puesto sobre la cabeza. Su madre, preocupada por la situación, llevó a su amado hijo de ya casi veinte años con un sabio que vivía en la montaña más alta del mundo.

—Sabio, por favor, ayúdeme, mi hijo no es normal, mi hijo es muy extraño, mi hijo es diferente.

El sabio, a manera de respuesta, le pidió a la madre que llevase al hijo a vivir con él, para de esta manera identificar lo que le ocurría al muchacho y que tenía tan desconcertada a su madre. Y ella así lo hizo.

Todos en la ciudad hablaban de Free, decían “Está loco”. El sabio decidió juzgar por sí mismo. El día que lo conoció, se dio cuenta de que no tenía ninguna enfermedad que no le permitiese ser “normal”, aunque había algo en él que no tenía cualquiera, pero el sabio no sabía lo que era.

Free andaba siempre caminando de un lado a otro, haciendo anotaciones acostumbradas, sólo emitía palabra cuando era extremadamente necesario hacerlo. Nunca se quitaba su sombrero de copa; dormía, comía y se bañaba con él. El sabio no hacía ningún comentario, sólo observaba.

Pasaron los días y el sabio no descubría nada, todo era, dentro de lo que cabe, normal en Free, lo que inquietó y llenó de curiosidad al sabio fue aquello que escribía en su libreta, así que pasó día y noche tratando de que Free se descuidara y él pudiera leer todo lo que estaba escrito en la libreta, pero no conseguía nada.

El sabio comenzó a perder fama de ser sabio, ya que no lograba resolver aquel enigma que tenía tan pasmados a unos como tan indiferentes a otros. Estaba a punto de darse por vencido, cuando de pronto ocurrió que una noche, mientras él y Free cenaban caldo de gaviota, Free dijo lo siguiente:

—Todos dicen que yo estoy loco, y yo creo que tienen toda la razón, pero lo que no saben ellos es que usted también es un loco.

Esas palabras dejaron boquiabierto al sabio, quien trató de encontrar algo que decir, pero no halló nada. Se produjo un largo silencio. El sabio sólo pudo mirar a Free y a su tan maltratado sombrero de copa; lo extrañó en aquel muchacho, en comparación con los demás días, era que esta vez se le veía con una gran sonrisa en el rostro, no una sonrisa burlona sino una sonrisa que simplemente indicaba una gran felicidad. El sabio no sabía la razón de aquella felicidad reflejada en el rostro de Free, pero aquellas palabras sirvieron para que no se diera por vencido y continuara observando a Free.

Pasaron varios meses, y el sabio en algún momento se olvidó por completo de su cometido y comenzó a interesarse por el muchacho por una razón diferente: ahora él se había encariñado, y aunque no se podría decir que ambos interactuaban o se conocían de maravilla, sí se podría afirmar con certeza que el cariño era mutuo y que el sabio ya no veía a Free como un sujeto de estudio, sino como un compañero, o incluso como un amigo.

Una mañana el sabio llamó a la puerta del cuarto de Free, como acostumbraba hacerlo para ofrecerle el desayuno, pero Free no respondió. Tocó una y otra vez, pero nunca se oyó respuesta. Algo preocupado, el sabio decidió entrar al cuarto y encontró a Free en tan profundo sueño del que nunca más despertó. Nadie encontró respuesta para aquello y al siguiente día se lloró amargamente su muerte; mientras sus pocos familiares y conocidos lo contemplaban con suma tristeza, vestido con un conjunto deslavado y gastado de manta (su ropa favorita) y el sombrero de copa aún sobre su cabeza.

Cuando había pasado el luto, el sabio decidió recoger las cosas de Free y entregárselas a su apesadumbrada madre; entre ellas encontró aquel cuaderno al que tantas horas le había dedicado Free. Dudó en



leer o no todo lo escrito ahí. De la libreta cayeron una nota y una carta; la nota decía lo siguiente:

Si desea leer, hágalo, no hay fuerza que se lo impida el día de hoy, así como tampoco hubo fuerza que se lo impidiera antes.

Sin pensarlo dos veces, el sabio se dispuso a leer la carta:

Todos aquí dicen que estoy loco, pero todos los que hayamos nacido o nacerán en este mundo son locos; es imposible que se encuentre a algún ser vivo idéntico a otro, y si ellos llaman “estar loco” a ser diferente, entonces ese término se lo atribuyen a cada uno de nosotros.

En mi vida yo fui un loco a mi manera, un loco que decidió que un sombrero de copa era perfecto para guardar cualquier clase de cosas sin que nadie se percatara de ello, un loco que decidió no hablar porque un día se dio cuenta de que así como las palabras hacen felices a algunos, también hacen que otros se entristezcan. Si al decir algo me arriesgaba a que los que me escuchaban derramaran lágrimas, mejor no decía nada, porque nadie merece que lo hagan llorar, así como nadie debe tener el privilegio de hacer llorar.

En esta vida tuve la suerte de conocer a dos personas a las cuales apreció mucho; una de ellas era mi madre, la cual siempre veló y se preocupó por mí, y la otra es el sabio con el que ahora vivo, que fue el único que no me juzgó y dedicó tantas horas a mi estudio, sólo para quitarle a mi madre esa angustia tan grande que yo le provoqué. Pido perdón por ello.

También en mi vida descubrí muchas cosas, entre ellas una gran variedad de sentimientos, que desde mi punto de vista hacen que exista el ser humano.

Sé que un día moriré, no sé cuándo, no sé en dónde, lo que sí sé es que el día o el lugar en el que muera no importa, porque moriré feliz pues tuve la oportunidad de vivir y de conocer a mucha, pero mucha gente loca, y si tuviera que pedir un deseo pediría que nunca exista alguien que no sea loco o “normal”, ya que el estar loco permite ser un individuo y no una cosa.

Atentamente: Free.



Caras

Géminis: criatura de almas,
resplandor de luz y oscuridad,
tentación que seduce a los hombres,
niña con dos caras,
vidas distintas nacen en ti,
bondad y arrogancia,
rayo de luz,
espesura de las tinieblas,
así eres tú, maldita y bendita entre los demás,
dos pensamientos convergen
en una misma mente,
dos sentimientos fluyen
de una misma alma.

Andrea Chávez
Preparatoria 7
Luvina Joven 51

Verde, muy verde

Octavio Ávila

Preparatoria 7

Luvina Joven 51

El desierto estaba verde muy verde. Cómo olvidar cuando el mundo era azul y me dijiste “Me siento triste, muy triste”. Nunca contesté, ese día llegó el dragón. Hoy hemos quedado solos muy solos, tú flaca y blanca, cadavérica, casi muerta, y yo con el último libro que me queda; tuve más de noventa, y he leído éste más de noventa veces porque el dragón acabó con todo: nuestros libros, nuestros blancos muebles, nuestro hogar y tu cabeza.

Ahora, el dragón es nuestra casa y yo, parado junto a mi banquita que alguna vez fue un diente de la bestia, releo mi libro, te veo, te hablo y nunca me contestas, muerta, muy muerta, porque estamos solos, muy solos y el mundo está verde, muy verde.



Sueño olvidado

Alejandra K. Aguilar

Preparatoria 7

Luvina Joven 51

Sentir que este sueño es el escrito que te lleva de un golpe a la inconsciencia, de una comida a la indigestión, de soñar con una fiebre alta que te hace sudar de tanto soñar. De quedarte tan perdido en el mar sin bebida alguna, que sólo recuerdas el olor de flores marchitas, de ese olor como si fueran caramelos que sólo endulzan un rato y que no descifras su aroma incomparable.

Pero este sueño tarde o temprano termina en un instante, se te olvidará tan rápido como el rostro de cualquiera en la calle.



Escribo poemas caminando,
es la hoja del concreto donde escribo mis pasos,
entre cuartetos,
calles, autos.

El espejo-mármol de agua en el suelo hasta el cielo,
reflejo de luz,
hoja en blanco,
calle gris.

La vida en el poema
es un extraordinario solo paso,
sentencia de una pasión...
hacia la Poesía.

Julio E. Ruiz
Preparatoria 3
Luvina Joven 51



Un suspiro

Un suspiro es como un prisionero
que escapa de la cárcel de tu alma.

Un suspiro es tu aire que roza mi palabra,
es resumen,
es posdata,
es tu amor,
es mi alba.

Un suspiro es la vida después de la muerte,
es la luz de la oscuridad,
un suspiro sólo es una poesía ahogada.

Andrea Chávez
Preparatoria 7
Luvina Joven 52

Mi basura

Qué es la poesía sino articular palabras,
metáforas y adjetivos para decirte Te amo.
Pero, si ya no valen nada,
Son simples ideas sobre un papel perdido.

Poesía, mi basura para ti, tan innecesaria,
Pues no te importa si te amaba o te quería,
Todo es pasado y para ti el pasado es porquería,
Tres inviernos, seis pesares tiraste a la basura.

Es en vano la espera cuando dices
“Hasta nunca es hasta nunca”, lo repites,
Y yo no cuento, lo olvidaba,
para ti es como pisar lombrices.

Tarde me di cuenta, meretriz de meretrices,
Que tu sonrisa fue pagada mientras duró el servicio,
Que sólo me mostraste los matices
Y esperaste a que no hubiese más tesoro.

Fuiste la pesadilla más encantadora, no lo niego,
pero no sirves, sólo eres un mal sueño,
encontrarás mejores ilusiones para mi futuro
pues contigo descubrí que yo era sólo negocio.

Ricardo Contreras
Preparatoria 7

Arte poética

Cuando la imaginación vuela
y el lápiz cae
imprimimos nuestros sentimientos
para que los ciegos la lean.

Pero, ¿por qué hacerlo?
Si a nadie le interesa,
lo hacemos para sentirnos vivos,
para que sientan los mortales
y su alma reviente
de gozo y alegría.

Escribimos en medio de la oscuridad,
cuando los nervios se tensan,
hasta cuando nos ilumina la vida,
por el placer que nos invade.

No esperamos nada a cambio,
sin embargo,
lo que te haga sentir
es lo que esperamos.

Porque sentir
nos hace de la vida
valer todas las palabras del mundo.

Míryam N. Bautista
Preparatoria 7

Sr. Carlos

Ingrid Dávalos

Preparatoria 11

Luvina Joven 52

Una noche soñé un lugar desconocido con colores opacos, absorbiendo hasta el último rayo de luz, muros inmensos de piedra, lugar sin salida, perdido en un instante de confusión, que sería eterno. Psicastenia, sábanas blancas convertidas en fantasmas. Mirada en el cielo que imagino desde aquí que existe pero no encuentro, golpes plomizos aprietan mis arterias al punto de la inconsciencia, una respiración agitada que se corta al compás de un sonido que aún no termino de percibir, tiemblan las sombras con mis ojos cerrados, las voces se vuelven más distantes, aquí está mi hija que no puedo tocar ni con mis pensamientos, el entorno se vuelve nebuloso, la tetricidad se transforma en una figura bien definida.

¡Hoy es esa noche y el lugar se llama corazón!

Se encontraban en aquella sala con minúsculos mosaicos color verde, la iluminación era exorbitante, los trajes azules hacían juego con las sábanas de la cama, instrumentos sofisticados, y el típico sonido que da la vida en la pequeña maquinita, había demasiada confusión, desconcertantes eran los pasos a seguir para ese tipo de situaciones, además alguien mayor como el Sr. Carlos no tenía extensas esperanzas en su emergencia de salvación.

- Necesitamos bajar la adrenalina.
- Estamos perdiendo ritmo cardiaco.
- Más unidades de estreptoquinasa.
- Doctora, lo perdemos.
- Pongan el desfibrilador.

- Se ha ido, doctora.
- Una vez más inténtenlo.
- Lo perdimos.
- Ya no hay nada que hacer.

Hora de la muerte: 9:26 pm. Causa: infarto al miocardio.

Tú y yo

Una ola de gente sin razón desfila.
La vida vuela.
Tus ojos negros
y yo lejos
vacía, sin nada

Tú solo vienes repentinamente,
mudo, solo

tus pies corren lento por
la ciudad mientras un camión se colapsa,
el metro aprisa, la televisión no
para de hablar, me confunde todo, me agobian las voces distantes.

Corro por la ciudad sin dar un paso
los pulmones se enredan con el smog

grito y lloro,
pero la noche nunca llega y nunca se va,
la luz se consume y renace.

El tranvía ya no pasa,
pero el agua se tiñe de un arcoíris citadino
y el capitalismo domina las calles como tú
controlas a mi corazón.

Sin fervor festejo al amor que se acaba.

Nancy C. Pedraza
Preparatoria de Tonalá



Las enormes puertas de acceso al Averno...

Mario D. Aguilar

Luvina Joven 53

Eran los tiempos de la eterna batalla entre Dios y el Hombre. Sin lugar a dudas, Dédalo e Ícaro.

Hincado frente al humo escanciado de su boca — él, humo-etéreo —, girando de manera hegeliana-platónica-marxista (dialéctica a fin de cuentas), produjo el desarrollo de un diálogo procedente del extraño orden de entrañas que su poseedor presentaba. Resolvía, finalmente, la procesión de preguntas sin respuesta que se había manifestado desde “varios días a la redonda”. Su acompañante, otrora un simple mortal, pensaba durante lo que él consideraba como su último instante de lucidez. Momentos y motivos: la segunda pierna cesó de responder, el dedo anular derecho se enroscaba pendularmente, la incontinenia de fluidos corporales impedía una comodidad total debido a miedos heredados, la mente accionaba intermitentemente los movimientos de la boca —horriblemente cercana a la nariz— las cejas y los ojos, para inutilizar la narración del que sería el más grande de nuestros profetas... Sin embargo, se mueve, y todo idiota necesita un maestro, y todo maestro se ocupa de un líder con o sin séquito. Estaban, vamos, en palabras mundanas, las miradas cruzadas; uno observando lo oscuro en el ojo del “otro”, que a su vez escudriña en lo blanco entre las cuencas del uno. Y uno deseaba respuestas; el semejante, lo otro.

—“Y Helios se ocultó: sin luz quedaron todos los caminos”... por los siglos de los siglos. Amén

—Presentando a las luengas filas que se desprenden de tus dedos...

—A pesar de todo, continúan, muchacho. Porto las alas para incrementar mi probabilidad de vuelo y tú sólo notas mis jodidas uñas...

—Porto la ausencia de espirales y tú lo único que notas es la existencia de las tuyas.

Y todo sabio prefiere al estudioso para que le admita de sus ver-

daderas capacidades.

—Y tu infortunado futuro será, para aproximarnos un poco más al fin del mundo: rascar...

El gran umbral de salida a San Pedro...

Por supuesto, Padre e Hijo.

La irremediable ubicuidad del viaje, sobre todo al transportar a un cuerpo inútil, las barbas y las uñas. Queda sitiado el lugar de la inspiración de nuestro poeta-profeta. Uno en el lecho del otro; el otro en las alas del uno. Así, con una serie de sospechosas gesticulaciones, el guía enunció palabras de amor a la guerra: “Para ti, muchacho, la verdadera historia de Adán y Eva:...”.

La ciudad y la noche

Entra la oscuridad en la ciudad
Y las grandes avenidas con asfalto se observan a lo lejos.
Entre el caos y el humo de los autos
Me encuentro con mi terror
En cada rostro de niño y en cada luz roja que indica alto.
Mi sangre se agolpa.
La noche parece desaparecer,
Pero antes nos permite ver los edificios y aparadores,
Los ojos de cansancio de los obreros,
Los cables que se mueven y las ventanas temblando.

María L. García
Preparatoria 16
Luvina Joven 53

La flor y la abeja

Alejandro Mercado

Preparatoria 10

Luvina Joven 53

—Hola —alegre dijo la abeja.

—Adiós —triste contestó la flor.

Cuento sobre una chica que espera a su imaginación

Cintia Gutiérrez Almazán

Preparatoria 10

Luvina Joven 53

...pues vendrá por ella mañana para clavarle la tinta en el cuerpo...

...Lleva dos vidas esperando.

Universo

Carlos Magaña

Preparatoria 10

Luvina Joven 53

Así el Universo se creó de polvo estelar, tan cósmico como el infinito.

Yo,

soy el Universo.





Adiós, cerebro

Cintia C. Gutiérrez

Preparatoria 10

Luvina Joven 54

Fue paranoico: en el piso de arriba, bajo todos los escombros, estaba mi cuerpo, mis extremidades en raros ángulos. Mi cadáver me miraba fijamente... grité. Retrocediendo, entré en otra habitación: ahí también estaba yo, mi rostro hinchado, mi cuerpo pendiendo de una sogá que abrazaba mi cuello... No importaba dónde, me veía muerta en todas partes, mi propia putrefacción era horrorosa.

Él llegó a casa y yo corrí a recibirlo con la locura en los ojos; le conté histérica y le pregunté si no veía todos esos cadáveres. Me sujetó con fuerza del brazo y me golpeó en el rostro

—¡Estás loca! -me gritó tan fuerte y de una manera tan espantosa que casi me hace volver a la realidad. Casi, si no hubiera sido por aquella sombra que me observaba desde mi habitación, en la que guardaba mis muñequitas, con sus pequeños vestidos y cabellos bien peinados... Me solté de Él para ir con mis criaturas.

Todas ellas tenían mi rostro, sus escalofriantes posiciones me horrorizaron, estaban desnudas y sus cuerpos de materiales sintéticos eran monstruosos, irreales. La sombra me miraba desde fuera de la ventana, era un hombre, del que sólo resaltaban sus pequeños ojos que me observaban cruelmente...

Otro de mis cadáveres de porcelana me sonrió desde la cama, mientras Él me abrazaba por la espalda susurrando que todas eran alucinaciones. Siempre las había tenido. Entonces, cansada, tomé el cuchillo que sostenía una de mis muertes sobre la cama. Lo clavé con todas mis fuerzas en mi duro cráneo. Pronto la sombra se tornó en luz por toda la habitación y se acabaron mis alucinaciones.



Rutina

Alejandro Cárdenas

Preparatoria 16

Luvina Joven 54

Desde el aparador veo por la ventana a los obreros regresar a sus casas, sus caras muestran la dura jornada de trabajo, la luz se empieza a apagar, los niños dejan de jugar, los edificios empiezan a dormir, yo regreso a casa, mis ojos se quieren cerrar, subo al auto, conduzco por las avenidas, veo la sombra de los cables de luz en el piso, paro el coche en un alto, mis ojos se cierran, imposible estar despierto, todo es un caos, hay mucho humo afuera, o es la mirada que se me está nublando, no sé; el terror está en el aire, la sangre suena en mis oídos con violencia, a lo lejos veo una luz color verde, no puedo identificar qué es, los sonidos me acechan, los autos producen ruidos feroces, estridentes, a qué se debe que hagan eso, mi cerebro reacciona por fin, el alto se ha terminado, mis ojos se abren con miles de luces alrededor mío, continúo el recorrido, llego a casa, sólo deseo ver la televisión, me recuesto, la televisión se queda apagada mientras mis ojos se cierran.

Un nuevo imperio

Marisol Ortega

Preparatoria 7

Luvina Joven 54

Hace ya un tiempo, en algún lugar del mundo, existía una comunidad de hormigas que vivían en armonía. Todas se llevaban bien con todas, no había distinciones, ni fuertes, ni débiles, todo en aquel lugar marchaba en paz, las hormigas trabajaban para un mismo fin: sobrevivir. Tenían tiempo para todo: para descansar, para divertirse, entre otras tantas actividades. De algo estaba segura HK, si continuaban con esa organización, llegarían a un estado de plenitud. Hasta que un día, BJ, la hormiga más pequeña de la comunidad, comenzó a crecer y alcanzó un tamaño impresionante, lo cual asombraba a todos. BJ sintió un poder especial sobre los demás habitantes por ser más grande y fuerte que éstos, razón por la cual desarrolló una tremenda ambición y, sin importarle nada, se declaró a sí misma una especie de gobernante que cada vez exigía más a las demás hormigas, pero a las que eran sus amigas las presionaba menos. Las otras hormigas, por miedo a ser desterradas, nunca se quejaban de nada.

Es así como en esa comunidad empezó la división de los niveles de vida, las injusticias y la explotación.



Sueño de una tarde de verano

Alba Huerta

Preparatoria 11

Luvina Joven 54

Escucho a mi hermano tocar la guitarra. Va mejorando, realmente no me quejo de su desempeño en las cuerdas. Pero... quizás lo que escucho no sea de verdad lo que se oye, quizás me ha afectado el hecho de haber pasado toda la tarde dormida con el sol dándome en la cara, quizás mi sentido del oído se vio severamente afectado por eso.

Lo que soñé en mi “pequeña” siesta vespertina (de más o menos cinco horas) no lo recuerdo exactamente, sólo sé que desperté con dolor de cabeza, mareo y sintiéndome más pesada de lo normal, imposibilitada para mover un músculo.

Poco a poco y conforme pude abrir los ojos, fue volviendo a mí la capacidad de moverme...

Sí, definitivamente me ha afectado el sol pues es muy extraño que yo no recuerde lo que soñé.

Cuando desperté, me encontré con uno de mis libros de texto tirado en el suelo al lado mío; así es, ahí junto a mí estaba la causa de mi siesta. Sólo algo tan aburrido y monótono como el hecho de hacer mi tarea puede provocarme tanto sueño, y si a eso le sumo lo cansada que ya estaba... Resultados desastrosos que no son más que una siesta interminable que consume toda mi tarde y me deja menos tiempo para llevar a cabo mis actividades correspondientes, pero... ¿qué puede uno hacer en las tardes? ¿Aburrirse? ¿Perder el tiempo con algún aparato electrónico? ¿O simplemente dormir como yo lo hice? Esto es algo que me pregunto a diario, cuando me veo atrapada en el aburrimiento.

Recuerdo que al despertar, lo primero que escuché fue el viejo ventilador, con sus aspas dando vueltas de manera irregular y escandalosa; luego vinieron hasta mí unos gritos dramáticos y llantos, que después de un rato de detenerme a pensar de dónde provenían, deduje que se trataba de la televisión a todo volumen, mi abuelita estaba “viendo”

una de sus cinco telenovelas diarias... la verdad es que dormía profundamente.

Sigo escuchando a mi hermano tocar la guitarra, es la tercera vez que repite esa canción, es lo enfadoso de cuando apenas estás aprendiendo a tocar un instrumento, pues tu repertorio es tan corto que aquellas mismas dos canciones y cuatro tonaditas las acabas en menos de diez minutos, pero como hay que practicar un buen rato al día, no te queda más que repetir lo que sabes infinidad de veces. Entonces, aunque no te gusta eso que tocas, tú y tu familia terminan con aquellas notas dando vueltas en la cabeza, y, no es de extrañar que de pronto todos se encuentren tarareando la misma cancioncita.

Es demasiado tarde, después de poner mi despertador para el día siguiente, a dormir.

La noche no es como el día.

En aquella parte oscura del día, las sombras toman formas extravagantes y entonces comienza a fluir el miedo. Pero mi parte favorita es en aquel momento de preludio del sueño, en el que piensas...

Son temas muy variados... Puedes pensar en la apariencia de una alienígena... en el color que tomará el cereal si lo dejas una semana sumergido en leche... en cómo destaparás el tubo de pasta de dientes... en la mejor forma de comerte una dona de chocolate... es mejor dormir sólo con la sábana, con la colcha también, ¿o sin ambas?... ¿la almohada se está encogiéndose, o tu cabeza se está agrandando?...

Entonces llegan las fantasías: te ves rodeado de dulces, como Hansel y Gretel pero sin bruja mala... con un millón en el banco, casa con alberca y limosina en la puerta... con centenares de ositos de felpa... con fama y en una banda de rock...

... entonces recuerdo mi sueño.

La realidad se desvanece, comprendo que, hasta el momento, las cosas son al revés de lo que pensaba...

Ya no es de noche y mi vida es un sueño y mi sueño es en verdad la realidad.

Yo no estoy ahí tendida en mi cama esperando a dormir; no, ahora estoy en otro lugar.

—¡Esto no es la realidad, entienda usted!

El doctor simplemente niega con la cabeza...



No puedo creer que haya llegado tan lejos y que ahora esté en una clínica de salud mental. Reconozco que desde ese día no hice más que dormir, que eso preocupó a mis padres y entonces empecé a hablar con la verdad. Porque ésa es la verdad. O eso, o el sol definitivamente me afectó. Prefiero creer que es verdad.

Encuéntrala

Diana Rivera

Preparatoria 7

Luvina Joven 55

Yace en su cama entreverada con ellos, tratando de salirse, pero los pesados pasos no la dejan, conquistada por la impaciencia de encontrarse, de huir de donde está postrada. Por fin, la pequeña se incorpora con trabajos sobre su propio eje:

—Quisiera saber dónde está.

Uno de los pequeños se sienta a su lado.

—¿Quién quisiera saberlo? ¿Tú? —le pregunta.

—Sí —le responde, mirando a su alrededor pero no a él—. Quisiera que ella diera la cara, me está provocando gastritis.

—Pero, ¿crees que puedas encontrarla?

—Creo que sí, pero eso no significa que pueda lastimar a uno de ellos.

Él, mirándola de reojo y jugando con sus carritos, le responde:

—Bueno, creo que estás a salvo, nadie sabe que estás aquí. Me refiero a que ellos ni saben que existo, ¿verdad? Sé todo sobre ellos, pero... —ella, entendiéndolo, sólo inclina su cabeza hacia él, estira su pequeño brazo para tocar los dedos del pequeño y éste, sorprendido, le responde:

—Pero no importa, así está bien, es mejor.

—No es que yo no quiera que ellos te conozcan, es sólo que... Bueno, ella es mi mejor amiga, es muy especial y ellos son un grupo grande, tiene una especie de grupo que gira a su alrededor, y quiero que los conozcas a todos, pero... es que me gusta tener algo... ¡ya sabes!... mío. Y no suelo hablar tanto para decir tan pocas cosas... Pero, ¿entendiste un poco?

—Sí.



—iré con ellos, a ver si la han visto --se levanta de la cama y camina hacia ellos.

—Lo soy, ¿sabes?— le responde casi gritando. Ella, sorprendida y sin voltear, le pregunta:

—¿Qué?

—Tuya.

La pequeña sólo hizo un gesto de agrado y siguió caminando entre ellos, siempre entreverándose cada vez más y más. De pronto, uno de ellos se levanta y sin gesticular le dice:

—Trataré de hacer que ella te considere! —cae estrepitosamente entre los pesados pasos y, cerrando los ojos e incorporándose en posición fetal, se queda ahí por unos segundos. De pronto escucha su vocecita.

—Sabes que no te haría daño —ella abre los ojos y responde:

—¿Lo sé? —se incorpora y la vocecita se coloca frente a ella.

—Lamento que te hayas sentido mareada... pero hablaremos con “ellos” otro día, tal vez pronto. Creo que realmente te gustará mucho conocerlos.

—No eres mi amiga, ¿cierto?

—Creo que me subestimé al creer que te agradaría vivir.

—No, no. Me refiero a que...no creo que estés... aquí.

—¿Me perdí?

—¡No! Es sólo que... siento como si hubieses sido forzada a entrar en un lugar en el que no cabes; además, eres un poco... cruel.

—Entonces, ¿crees que no eres tú misma? ¿Crees que eres una posesión maligna? Porque si crees que soy una posesión maligna, eso sería... desagradable.

—No estoy segura. Creo que existe una forma de... ver si existes; y si te encuentras ahí, lograrás ver.

—Si es para vivir... —la pequeña baja la mirada y lanza un profundo suspiro—. ¿Qué?

—Estar en este plano físico, o entrar en el...vivir, es como una proyección visual, es muy intenso. Necesito ser tu ancla, mantenerte en este plano también.

—Confío en ti.

Casualidad o azar

Julio E. Ruiz

Preparatoria 3

Luvina Joven 55

Anoche desdoblé la vida, los torrentes: los venenos: los licores.
Pasé la noche observando la belleza de una mujer por debajo del polvo.
Le veía las tetas, miraba sus pezones distraídos.

La llamé, la senté en mis rodillas y le hablé disimuladamente a sus aureolas -astros en el sueño blanquecino de su piel-; todo en secreto.
Pasaba la noche y yo así nada más... todo aquí es gente misteriosa y disimulada: yo era ellos y ellos eran yo.

A la noche le perdía el gusto, la fuerza a los días, a la vida, a la muerte.
La noche no era yo, ni la mujer, ni su polvo, ni mi trago, ni el vaso que la sostenía, ni los pezones extraviados como los ojos del cielo.

¿Quién era yo?

¿La mujer, su belleza o sus pezones, o el tipo de atrás de la barra, animando?

Eso sí, no era yo.

¿Era el viento o el mesero, o la ruca de alquiler de al lado molesta, o el tendero o la muerte o la circunstancia?

¿Quién era yo?

Eso sí, era de noche.

Era, era el cantante rugiendo en la pantalla del LCD, (una letra cambia todo y más si quiero saber quién soy).

O eras tú quien veía a la mujer y sus pezones perdidos, o era el pasado quien veía a la mujer y sus pezones, al tipo de la tele y al efecto del LSD.

O era el futuro quien se cuenta ésta a la hora de dejar los ladrillos y la mezcla de un futuro y se divierte en su periodo de descanso.

¿Quién era yo?

¿Quién soy yo?

¿Quién seré?

Eso sí, no soy el tiempo; soy la distancia, ¿y el espacio?

Tal vez sea la mujer.

Soy más distraído que los pezones y vi a todos al momento de comenzar.



Estoy asustada o asustado y nervioso o nerviosa, estoy drogada o drogado, y el hombre que lame mis senos era el que veía mi belleza debajo de mi polvo y quien me pregunta ¿qué pasa?

Y el...

el último género acaba conmigo.

6:59 am

Así, como el cielo al infierno
Como el hombre a la mujer
Como el aire a los pulmones
Soy yo para ti.
Amor y temor,
Luceros de negación.

Así. De aquí para allá y viceversa
Como los labios al oído
Como los ojos al alma
Así
Así soy yo para ti
Demencia, destreza
Racimos de ilusión.

Si el mundo entero difiere de mí
Tendré que degollarlos
Uno por uno.
Porque somos sangre y cuerpo
Sentimientos punzocortantes.

José M. Montes
Preparatoria Regional de Tonalá Norte
Luvina Joven 55



Ya no me importa

La oscuridad me asfixia
Siento miles de gusanos que me consumen
Ya no puedo respirar
Estoy encerrado en un cajón
Ya no me queda vida
Estoy solo en una sala de urgencias
Estoy agotado
Me desangro
El cielo se ha oscurecido
No hay estrellas ni luna
Los campos se han secado
No volaba
Me quedé en el camino
Y un gigante me aplastó
El amor ya no existe
Me voy
No importa el amor
Importa ser feliz
No confíes en nadie
Porque nadie confía en ti
El amor, las mujeres, la violencia son mis emociones
Fui engañado
Una serpiente me envenenó
Esta mujer no es pura
Y sólo quiere dinero:
Ya no me importa

Daniel Casillas
Preparatoria 7
Luvina Joven 56



Por la calle de la soledad
Vas caminando
Pensando lo que has vivido
Pequeña e inocente niña
Con una pistola en mano
Te has ido

Tania Díaz
Preparatoria 7
Luvina Joven 56



Selección II

Selección de Mario Alberto Pérez Grana



El refrigerador

Lot Osbaldo Guillén Zúñiga

Preparatoria 13

Luvina Joven 57

Cuando desperté, el dinosaurio seguía allí... mirándome con deseo. Entonces me levanté de la cama y salí corriendo de mi habitación, me monté en mi escoba y volé, mientras el dinosaurio venía tras de mí acosándome con sus grandes y plateados ojos.

El dinosaurio me siguió por todo el jardín y decidí regresar a mi castillo-habitación. Entré por la puerta volando y corrí a esconderme, sólo se me ocurrió meterme en mi gran refrigerador.

Ya adentro del refri bajé la temperatura. De pronto sentí una gran turbulencia y me golpeé tan fuerte que me desmayé. Al despertar abrí la puerta y el dinosaurio seguía allí, pero ¡vaya sorpresa!, había muchos dinosaurios más, aunque estaban en otra parte, un lugar desconocido, y me di cuenta que mi refri era una máquina del tiempo o algo así, porque me había trasportado a la era de los dinosaurios. Cuando un dinosaurio mucho más agresivo que el que estaba en mi habitación me atacó, corrí, pero no pude más, me tiré al suelo y allí me devoró entero... Y desperté de nuevo, todo había sido un sueño, aunque el dinosaurio seguía allí... ¡Qué tonto!, sólo era un mural en mi techo, así que me levanté y fui hacia a la cocina por un poco de agua, me topé con el refri y lo observé por minutos, me dio curiosidad y entonces entré de nuevo en él, cerré la puerta, giré el regulador de temperatura y esperé, pero no pasó nada. Pensé que esto era estúpido y abrí la puerta, y nuevamente ahí estaba el dinosaurio esperándome... Me concentré, abrí los ojos de sopetón ¡y dejé de imaginar!

Aquí estamos

Carol Villaseñor Mallorga

Preparatoria de Tonalá

Luvina Joven 57

Aquí estamos, en este espacio que sólo mi mente puede crear. Que nadie puede hacer que se destroce. En este espacio, donde un vago rayo de luz puede penetrar hasta lo más profundo de un abismo espectral. Estar aquí es como no estar ni en arena ni en mar.

Aquí no todo es tristeza ni es felicidad. ¡Date cuenta en dónde estás! Estás bajo un gigante sauce que tiene sus raíces no en la tierra sino en la sal. Aquí no todo es real, ni las estrellas azules que se disponen a brillar, ni la ceniza que dejó al quemarse aquella nota musical.

Estamos aquí por el sólo deseo de estar, de huir de una realidad o un sitio bajo amenaza constante. Aquí estamos... somos libres.

Autobiografía ficticia

Dayana Stephania Hinojosa Piña

Preparatoria de Tonalá

Luvina Joven 57

Azul, 1960, Texas. Naciste bajo el sol ardiente en el término del anochecer y el comienzo: de un nuevo amanecer. Entre unos brazos metaleros y un pecho hippie. Tu respirar era impreciso, tu rostro era diferente con una peculiaridad: no era terso, mucho menos suave, era meramente fatal... algo andaba mal.

Viviste toda tu infancia entre burlas, con personas que no hacen nada más que criticar y aquellas pastillas que tenías que tomar diariamente por tu enfermedad; en ese vecindario donde sólo predominaban las casas de cuatro ruedas, con una madre apasionada por la paz y un padre maniático, enamorado de la bebida, su motocicleta y la diversidad. Pero a pesar de todo, de los desplantes que te rodeaban, de las carencias y por más difícil que parezca, eras feliz: tenías fe en ti, en la vida, en tu música y en lo que vendría. Además tenías amor, no sólo el propio y el de tu madre, sino también el de la esa persona que vivía en la casa de al lado y que te quería tal y como eras; que te alentaba, que creía en ti y te decía que tus sueños se cumplirían algún día: viajarías, expresarías con tus canciones lo que siempre habías sentido; tendrías un público que te escucharía y observaría y por lo menos una vez saldrías de ese par de kilómetros que conformaban tu pequeña ciudad.

Pasó el tiempo. Creciste, ya no eras pequeño, te estabas convirtiendo en un adulto. A los 18 años por fin estabas terminando una etapa de tu vida y deseabas volar.

Cierto día al terminar las clases llegaste a tu casa; se encontraba en silencio, lo que era extraño, tu madre siempre hablaba mucho. Caminaste y de repente tropezaste con sus piernas. Ella ya no tenía pulso, no respiraba. Moretes invadían su cuerpo y allí estaba tu padre, ebrio, como ya era costumbre. Se había excedido. Sus golpes le habían quitado la vida a una de las personas que más amabas. Él se encontraba tan relajado... dormido, como si nada hubiese ocurrido. La ira,

la tristeza y el odio te invadían. Tomaste un objeto que se encontraba en el buró —era pesado— te acercaste hasta donde se encontraba tu padre y lo golpeaste con aquello que llevabas en tus manos. Empezó a correr por su rostro ese líquido rojo, así que cogiste tu guitarra, el dinero que tenías oculto bajo la cama y las llaves de la motocicleta que tu padre tanto adoraba. Condujiste durante hora sin ningún destino planeado, sólo sintiendo la brisa en tu cara sin ningún remordimiento, sino con un gran alivio. Pero al fin la motocicleta se detuvo: la gasolina se le había agotado.

Te dirigiste al establecimiento más cercano, cargaste de nuevo el tanque y aprovechaste para descansar en el hotel que se encontraba enfrente. Dormiste lo suficiente pero a pesar de ello no se iba la pesadez de tu cuerpo; lo sabías, era arraigo de tu enfermedad. Nunca recibiste el tratamiento adecuado ya no te quedaba mucho tiempo.

Querías regresar a tu hogar, no por tus padres, sino por esa persona de la cual no te despediste, a la cual nunca la dijiste... “Te amo”. Porque siempre hay alguien que nos hace volver. El propósito de esta vida es hacer lo que deseamos, a eso venimos al mundo, hay que cumplir nuestros sueños. ¿Y si murieras en ese preciso instante? Habrías vivido en vano.

Así que de nuevo tomaste tu guitarra y te dirigiste al lugar de donde provenía la música que lograba escucharse hasta la habitación del hotel en que te hospedabas; entraste, era el momento intermedio del espectáculo; te acercaste al escenario, lo hiciste tuyo y tocaste una de tus canciones. Todos los presentes te observaban, tal vez por tu apariencia física o por la manera en que te colaste al espectáculo, pero por fin una vez en tu vida sentiste que en verdad sus miradas no iban dirigidas a tu rostro sino a tu música.

De la misma forma en que te escabulliste para cantar en el escenario te esfumaste. Sabías que por más simple que pareciera habías realizado tu anhelo. Te marchaste de nuevo a casa. Te encaminaste hacia la puerta de quien amabas, pero tu cuerpo ya no podía sostenerse, cada paso se hacía más pesado y el camino a tu destino parecía tan largo. Por fin, frente a la puerta, tocaste con delicadeza puesto que no poseías fuerza, te desvanecías, tus ojos ya no querían mantenerse abiertos.

Giré la perilla, se abrió la puerta y se cerraron tus ojos.

Calzado sincero

Alba Huerta Pérez

Preparatoria 11

Luvina Joven 58

Los vi en el aparador, estaban anunciados como los zapatos más sinceros que podrían existir. “Nunca te mentirán”, anunciaba la etiqueta.

Sin dudarlos, los compré. ¿Por qué? Pues ese día me habían dado mi mesada; exceso de dinero en la bolsa, exceso de curiosidad también.

Me los empacaron y contenta los llevé a casa.

Creí que acaso el modo de proceder con los zapatos era similar al de la ouija, así que hice dos carteles; uno decía “sí”, otro “no”. Después hice una pregunta y lancé los zapatos con los ojos vendados, esperando, por supuesto, que cayeran sobre uno de los dos carteles. El único resultado fue un florero de mi abuelita roto, muy caro, y, en consecuencia, una buena regañada.

Mientras pasaban mis días de castigo por lo del florero intenté hacer funcionar los zapatos de un modo más directo: hablándoles.

He aquí mi conversación:

—¿A Miguelito le gusta Juanita?

Sin respuesta.

—¿A Juanita le gusta Miguelito?

Tampoco obtuve respuesta, lo que me llevó a pensar que era posible que los zapatos se sintieran incómodos hablando con una desconocida que los había comprado apenas un día antes, así que me concentré en hacerlos sentir más en confianza.

—La maestra dice que tengo mucha imaginación. Yo creo que no es así, pero mi mamá me dio un día un caldo que parecía que estaba vivo y entonces lo tiré al excusado para que las bacterias que habitaban en la sopa se pudieran unir a un ecosistema tan variado como es el de las cañerías. Creo que ahora mi mamá también cree que tengo mucha imaginación...

Seguí charlando durante horas. Mis zapatos siguieron muy callados. Al final decidí darles más tiempo antes de comenzar un nuevo interro-

gatorio, quizás los zapatos habían sufrido un gran trauma en su pasado, cuando estaban en la bodega de calzado, y por eso no decían ni pío.

Los llevaba conmigo a todas partes. La gente me veía raro cuando yo les hablaba, pero es que quería que fueran mis mejores amigos, así nos contaríamos mutuamente nuestras confidencias. Yo sí que llegue a tenerles mucha confianza, les conté todos mis secretos, ellos sabían quién había pegado el chicle en la peluca del abuelo, y trataba de alejarlos de mi madre, pues no fuera a ser que sometidos a un interrogatorio acerca de aquella goma de mascar fueran a decir toda la verdad tal y como su etiqueta prometía, con lo cual no me habrían traicionado sino que hubieran cumplido con aquello para lo que fueron fabricados.

Entre una de aquellas charlas, más bien monólogos, que mantenía con mis zapatos, vino a mi mente una nueva táctica: la amenaza.

—Si no me contestan meteré al izquierdo en un charco de lodo y el derecho se lo regalaré a Pooky (mi perro).

Tampoco funcionó, resultaron ser unos zapatos muy valientes, aparte de que, como les tenía cariño, nunca me atreví a cumplir la amenaza.

Sinceramente creo que a partir de aquellas amenazas nuestra amistad se vio un poco afectada, pero lo que de verdad terminó por marcar nuestras diferencias fue un pequeño desacuerdo, más bien un accidente, pero bueno, es que ¿quién no se sentiría mal si te pones el izquierdo en el derecho?

Duramos meses sin hablarnos; al principio los seguí llevando conmigo a todas partes, pero después mi mamá me regaló unos tenis mucho más cómodos y mis supuestos zapatos sinceros se vieron desplazados por aquellos de la marca de la palomita.

Un día que buscaba mi tarea debajo de mi cama, encontré mis antiguos zapatos, guardados en su caja y con la nota de compra a un lado; entonces recordé que la garantía estaba a punto de vencerse. Sin pensarlo, los llevé a la tienda para que me los cambiaran.

Después de hacer fila en la caja que tenía el letrero de “reclamos” debajo de otro más grande que decía “atención a cliente”, logré hablar con la dependienta. Enojada le expuse mi problema.

—Es que yo no les veo ningún defecto a tus zapatos —dijo, después de examinarlos.

—Pero es que no hablan.

La cara que puso no me hizo sentir muy bien.

—¿Por qué deberían de hablar?

—Pues eso decía la etiqueta.

Ella me mostró una caja de zapatos nueva y me hizo que leyera la etiqueta.

—¿Ves? Aquí no dice que los zapatos hablen.

—Pero no me han dicho la verdad, es más, no me han dicho nada.

—Ahí está el punto.

—No entiendo.

—¿Te han mentido los zapatos?

—No, le acabo de decir que no hablan.

—¿No crees que alguien sincero es quien nunca te ha mentido?

Me fui enojada y decidí demandar a la zapatería.

Al final, contando con un buen abogado y suficiente paciencia, gané el juicio y una suma importante de dinero, con la cual compré todos los pares de zapatos de ese modelo que aquella sucursal tenía en existencia, sin importarme si eran o no de mi número.

Pasé los siguientes meses poniendo a prueba todos y cada uno de esos zapatos. En algunos momentos fui bastante cruel con ellos, llegando al extremo de dejar un par colgado en los cables de luz que pasaban por en medio de la calle donde vivía, para que los demás lo vieran y supieran que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para sacarles aquella verdad prometida en el eslogan de sus empaques

Nada sirvió. Me di por vencida después de un año y frustrada metí todos los zapatos en un armario donde se guardaban trastos viejos e inservibles pues eso eran mis zapatos.

Pasaron varios años en los que llegué a olvidarme de la existencia de aquellos zapatos mudos; poco a poco había ido superando aquel trauma de la infancia. Pero la mudanza trajo consigo el recuerdo de los zapatos.

Por alguna razón empaqué todas mis cosas y dejé hasta el final lo del armario. Para entonces ya no recordaba lo que ahí había guardado, pero tampoco tenía mucha curiosidad.

Al final tuve que enfrentarme con aquellos zapatos, el armario estaba abarrotado de ellos y cuando abrí la puerta cayeron encima de mí.

¿Podrán creerlo? De una por una, en orden, fueron contestando a todas y cada un de las preguntas que les había hecho. Efectivamente, a Miguelito le gustaba Juanita y a Juanita le gustaba Miguelito.

Carita feliz

Alba Huerta Pérez

Preparatoria 11

Luvina Joven 58

Mi borrador de carita feliz se puso triste y no pude evitar preguntarme por qué. Después de pensar un rato concluyo varias teorías: demasiado grafito en él hace que se sienta mal... aquella vez que se cayó de mi buró... el día que por exceso de aburrimiento le clavé mi pluma... cuando me quejé de que manchaba... Y de pronto, ahí se encuentra mi borrador de carita feliz, aparte y a un lado, está el triste.

¡Impostor!

Tomo el borrador que hasta entonces se había hecho pasar por mi borrador favorito de carita feliz y, con todas mis fuerzas, descargando todo el coraje en ello, borro esto, lo que acabo de escribir. Borro hasta que de él no queda nada.

Aparte de impostor era chafa pues mi hoja sigue impregnada de palabras.

El ocio

Roberto Torres Leos

Preparatoria 7

Luvina Joven 60

Cuando nos encontramos en una situación de inacción se dice que andamos de ociosos, pero si pensamos en qué momento dejamos de actuar durante el día, tal vez no lo encontremos. Entonces, ¿por qué nos llaman ociosos?

La ociosidad es el “vicio” de no trabajar, perder el tiempo o gastarlo inútilmente, por lo que cuando una persona “desperdicia” su tiempo libre se ve en manos del ocio, o sea de la total omisión de actividad. Aunque, me pregunto, ¿en qué momento de mi vida he gastado inútilmente mi tiempo de vida? O, mejor dicho, ¿cuándo me he encontrado de ocioso? ¿Acaso sería cuando la semana pasada tuve una hora sin obligaciones y decidí descansar y escuchar música en lugar de leer un libro o repasar los temas de química, por ejemplo? Porque yo pienso que no hay forma de no perder el tiempo, aunque nunca lo desperdiciamos; ¿acaso descansando y escuchando música no habré aprendido algo? Yo pienso que sí.

Creo que el ocio existe, pero, en mi opinión, el tiempo nunca se desperdicia, sino que se pasa por una elección de actividades, o sea: o hago la tarea, o voy con mi novia, o a correr al parque, o juego con mis videojuegos, o voy a la fiesta en la noche, o me voy a casa a descansar. El ocio acompaña a los humanos desde el interior de su esencia. Pienso que a veces se es productivo al realizar una actividad, eso es lo que llaman no ser ociosos, pero a veces sólo se aprende, y es cuando supuestamente somos ociosos. No creo que la vida sea un desperdicio porque tenga muchos lapsos de ociosidad, ni que la ociosidad signifique desperdiciar inútilmente el tiempo, más bien considero que los mejores momentos de la vida son los de ocio, en los que somos libres de pensar, actuar y vivir.

¿Quién es más desafortunado? /

Ulises J. Gómez /

Preparatoria 4

Luvina Joven 60

—¿Qué onda, wey?

—¿Qué onda?

—Oye, ¿y la clase de literatura?, ¿no has visto a dónde se fueron?, acabo de observar por la ventana y ya está vacío el salón.

—¡No manches! Tienen rato que salieron.

—¡Putra madre! Me la aplicó.

—¿Quién, eh?

—Es que me sucedió algo bien ilógico que a quien le platicue, me da la impresión de que le va a parecer un pretexto, y uno muy ridículo.

—Pues a ver, platica.

—Fíjate, fue aquí, a una cuadra, antes de llegar a la prepa. Pero deja platicarte desde el inicio.

Estaba quitándome el pupilente derecho, entonces lo jalé y junto a éste se me vino el ojo, pero no había sangre ni fluidos. Lo observé y estaba completo, hasta con el nervio unido a él. Entonces me toqué la cuenca del ojo y sentí el vacío; se lo mostré a mi madre y sólo hizo un comentario: “Mira, hasta salió con todo y nervio”, y yo me dije a mí mismo: “Pues ni pedo, al rato voy a la Cruz Verde.” Pensaba qué me pondría para cubrir el agujero, pero dejé de darle importancia y me recosté.

»Mi hermano estaba en la cama de al lado y le dije: “Mira, wey.”
“¡No manches!, se ve bien culero.

»Lo ignoré y cerré los ojos.

»Los abrí y lo primero que hice fue acercar mi mano derecha a mi ojo derecho. “¡Chingada madre, sólo fue una pinche pesadilla!” Mi despertador sonaba y la tele ya estaba prendida porque la había cronometrado al despertador. Apagué ambos y pasé al baño. Hubieras visto el trabajo que me costó ponerme los pupilentes a causa de la pesadilla y por esto perdí un buen de tiempo. Me bañé, me cambié de prisa y



salí corriendo de mi casa con rumbo a la preparatoria. Observaba los carros pasar, los árboles, la gente, la basura en el suelo y, claro, el reloj de mi celular. Así estuve hasta que sólo me faltaba una cuadra para llegar. Miré el celular, siete con diez. Faltaban cinco minutos para que ya no me dejaran entrar. Pensé en darme prisa y correr, cuando justo en frente de mí una viejecita me distrajo y me dijo: “Hola, jovencito, ¿puedes hacerme un favor?” “Sí, claro”, le dije. “Fíjate, ¿puedes ayudarme a abrir una puerta para subir a la azotea?, es que yo no puedo porque tengo los brazos rotos.”

»Observé los brazos de aquella señora y no tenían nada, ni yesos, ni nada, pero supuse que por su edad tendría alguna otra complicación.

»“Sí, claro”, sólo asentí. “Bien, vamos, mi casa está aquí cerca.”

»Caminamos unas cuantas casas y llegamos a la suya. Una pequeña casa de color blanco, llena de plantas, bardeada por un cancel del mismo color que la casa y con detalles de herrería. Pasamos el cancel y antes de llegar a la puerta de la casa tenías que pasar por un espesa mini-selva; por cierto, muy chaparro el acceso principal. Entramos a la casa y la viejita me advirtió que cerraría la puerta. Eso me preocupó, ya que nadie sabía que me encontraba allí. Una viejita me iba a asaltar o tal vez iba a abusar sexualmente de mí, o tal vez había alguien más en la casa y era una trampa. Me saqué esas ideas de la cabeza, me relajé, pero seguía atento por cualquier cosa que sucediera.

»“Oye, mijo, antes de ir al patio, permíteme, voy a hablarle a una sobrina para que ya no venga, y es que le había avisado de mi problema y me dijo que vendría en cualquier instante.” “Sí, está bien, señora”. Silencio mío.

»La viejita tomó su teléfono y marcó, pero al parecer nadie le contestó. Colgó y dijo que la siguiera. En el camino hacia el patio íbamos por un corto pasillo que daba a varios cuartos. Yo sólo volteaba a cada habitación esperando que no hubiera nadie más. Negativo. Me calmo de mis ideas locas. Llegamos por fin al patio y me señaló a la derecha unas escaleras de metal un poco mojadas, creo que llovió anoche, y al final, una puerta de metal colocada en el techo con forma de un pequeño cuadrado.

»“Mira, es una de estas llaves.” “Okay”, y me entrega un gran puñado de llaves.

»Después de un pequeño lapso, en lo que daba con la llave correcta, pude retirar un gran candado y empujar la puerta hacia arriba. (¿Sabes? Estaba pesada, la verdad la señora no habría podido.)

»Estando aún arriba, la señora me preguntó: “Oiga, jovencito, ¿puede hacerme otro favor?” “A ver.” “Fíjate, ya ves que llovió ayer, se me taparon las canaletas de la azotea y se está acumulando el agua, déjame ir por una escoba para que las destapes.”

»“Fíjese que tengo examen ahorita”, dije mintiendo. “Ah, entonces no tienes tiempo, no hay problema, joven.” Al terminar de decir esto, me llegó un gran remordimiento y le dije: “Bueno, lo hago rápido.”

»Desapareció y luego regresó con una escoba roja. La tomé y subí a la azotea. Lagunas y lagunas de agua estancada. A mis pies estaba la entrada de la canaleta, tapizada de hojas de árboles y basura. Empecé a retirarla y el agua empezó a filtrarse, y pensé que había terminado cuando, al voltear, la viejita ya estaba sobre las escaleras observando y dijo: “Atrás del tinaco hay otra.”

»Pensé: “Méndiga abusiva #5%&7#.”

»Por fin acabé, pero todavía no terminaba de irse toda el agua cuando le comenté al vejestorio: “¿Sabe? Ya tengo que irme, creo que ya me retrasé.” “Okay, te acompaño a la puerta para abrirte.”

Llegando a la puerta dijo: “Muchas gracias, mijo, ¿cuánto te debo?” “No, nada, cómo cree.” “No, en serio.” “No, así está bien. ¿La puerta del cancel está abierta?” “Sí, mijo. Que te vaya bien, cuídate.”

»Salí corriendo y me dirigí a la prepa. Revisé la hora: siete cincuenta y nueve. “Demonios”, pensé. Lo único que me alentaba es que hoy me tocaban dos horas de literatura, alcanzaría una hora de clase. Entré corriendo rumbo al salón y te encontré a ti aquí afuera.»

—No jodas, ¿todo eso pasó ahorita? De no creerse.

—Sí, ¿verdad, eh? ¿Me acompañas a buscar al profe para ver qué ocurrió y explicarle, a ver si me cree? ¿Sabes?, es que hoy me decía si pasé su materia, por eso era tan importante que llegara a tiempo.

—Vamos, supongo que estará en la sala de maestros.

»Llegando ahí le digo al maestro que si puedo pasar. Él asiente y me dejo caer en la silla que está a su lado. Su boina me distrae.

—Maestro, hola, ¿qué pasó?, ¿ya terminó la clase?

—Desde hace un buen, cabrón.

—Es que fíjese que me pasó algo bien ridículo y no creo que me crea, ¿le cuento?

—A ver.

—Mire, fue aquí, a una cuadra, antes de llegar.

—No, espérate, cabrón, tú eres muy bueno para hacer cuentos, mejor escríbelo como cuento y tráemelo para el lunes, si no, estás reprobado.

—Profe, ¿cómo que reprobado?, ¿y los tres libros que leí la semana pasada?

—¡Tú hazlo y ya!

—Bueno, pues, ya me voy.

—Adiós pues, y que Dios lo coja confesado.»

—¿Cómo ves?, eso me encargó. Ni me escuchó, pero hice lo que me dijo.

—¿Entonces eso quiere decir que sólo somos personajes de un vil cuento?

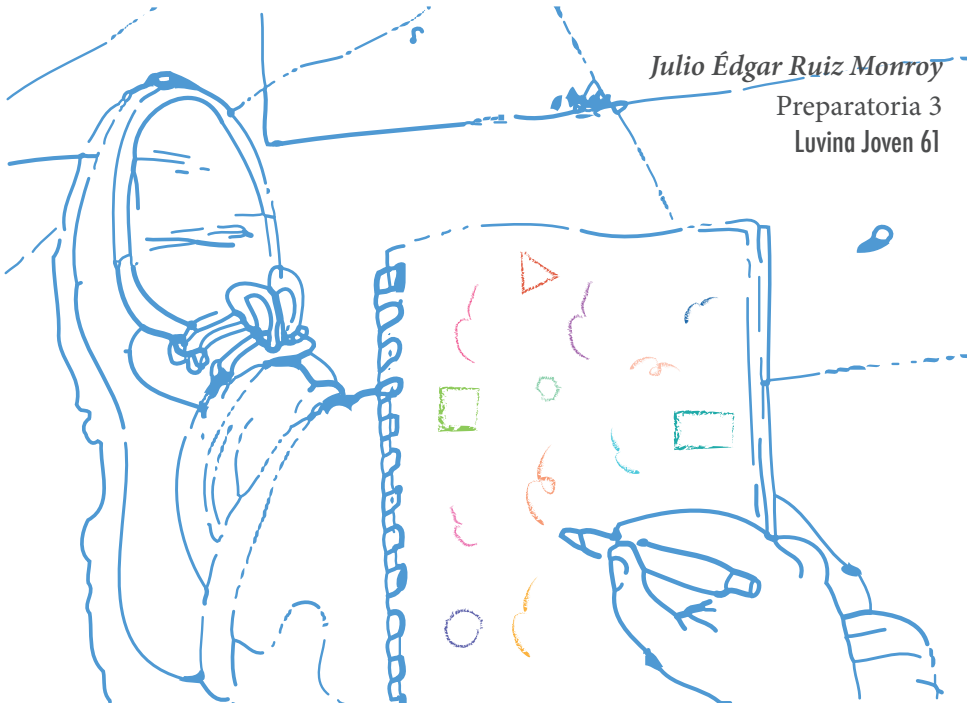
Diego Velázquez. Visión de un fragmento

¿Qué es lo que pintas? ¿Dibujos?
El entorno, la atmósfera alterada,
juegas a las figuras, las prendes al lienzo,
desfragmentas ahí mismo la cúspide del color.

Sabes que todos adoran el espacio y estrellas.

Eres dios aquí, escóndete detrás de ti, detrás del lienzo, detrás de las
Infantas.

Recórrete, anda por donde quieras, en este cuarto alto dibújate y ahí
espera.



À bientôt, Marcel

Ulises Josué Gómez Covarrubias

Preparatoria 4

Luvina Joven 62

Sámara saltaba sin control sobre la sala, ella estaba sola en casa. Ya cansada y con la blusa empapada, se retiró a su recámara a deshacer la cama. Se arrojó sobre ésta, cerró sus ojos y recordó lo sucedido el día anterior. Luego de unos cuantos sollozos, su mente se despejó. Entonces decidió llenar la bañera. Mientras, bajaría a la cocina a prepararse un té para los nervios. De regreso, metió todo el cuerpo en la tina y dejó su té al alcance. Remojó un trapo en la tina y se lo puso sobre su bello rostro. Se sintió rendida en unos cuantos minutos.

Estaba entretenida en la reunión. La gente la pasaba bien escuchando música de Crookers y Filthy Rehab, un sofisticado fidget, y preparando y bebiendo tragos. Empezaba a hacerse de noche. Miré mi reloj. Nueve y treinta. «Queda tiempo», me dije. Llevaba entonces tres whiskys en las rocas y empezaba a sentir los efectos. Conversaba con Karla, una de mis mejores amigas, sobre los ganadores del premio Nobel y sus descubrimientos. De repente sentí una mirada muy pesada que penetraba mi mente desde el lado derecho de la sala. Como por magnetismo, mi cuerpo giró hacia el lugar de donde provenía la mirada. Ahí, sentado, sin llamar la atención y un poco oculto, se encontraba ese curioso joven, con sus ojazos verdes, los causantes de que me sintiera así. Al inspeccionarlo mejor, noté sus rasgos faciales y ¡sí que era guapo el mocoso! Tenía la piel clara, cabello castaño y un cuerpo bien torneado. Interrumpí la charla de Karla y le pregunté si conocía el nombre de aquel muchacho.

—Marcel, creo. Creo, eh.

Cuando volví la mirada, él se había puesto de pie y seguía mirándome. Hizo una seña ladeando su cabeza hacia la derecha, como si quisiera que lo siguiera. Volteé a mis espaldas y no había nadie más. ¡Sí!, se había dirigido a mí. Le dije a mi amiga que me disculpara y

fui tras del desconocido. Llegamos a la terraza del sitio, un lugar con luz muy tenue y en armonía bajo el brillo de la luna; estaba casi vacía, sólo había unas cuantas parejas besándose.

Él esperaba de pie al lado de una enorme palmera. Al verme llegar, fue a encontrarme y se presentó:

—*Bonne nuit. Je m'appelle Marcel. Comment tu t'appelles?*

«Vaya, tengo mucho sin hablar francés», pensé, así que me presenté en español.

—Mucho gusto. Soy Sámara.

No recuerdo detalladamente la conversación, pero sí que me hizo reír mucho y que concordábamos en varios gustos y actividades. Vaya, era guapo y conocedor. Hablamos de literatura y música. Lo curioso es que mientras hablaba con él me sentí muy cómoda. Después abordamos un poco el tema amoroso. Fue cuando me preguntó:

—¿Quieres jugar un juego? —accedí y dijo—: Bueno. Acercaré mis labios hasta unos cuantos milímetros de los tuyos para ver algo, pero, si te mueves aunque sea sólo un poco, te beso.

—Está bien, soy buena para estar quietecita.

—¿Tú crees? Casi nadie lo logra, pero bueno.

Lentamente se aproximó a mí y pude ver sus delicados ojos.

«¡Guau!», pensé. Me examinó el rostro y dijo:

—Vaya, *quelle fille jolie*.

Seguía sin entender, y mientras estaba hipnotizada por sus ojos, me besó y dijo:

—Te moviste.

«Qué labios.» Quedé aturdida y sólo pude responder bobamente:

—¿En serio?

Noté una sonrisita malvada en su cara. Luego dijo:

—*Peux-Je te donner un baiser?*

Mi francés es malo, pero recordé: baiser es beso, sin duda. Yo sólo pude decir:

—*Oui*.

Empezó suave y lentamente, pero subió de tono hasta que metió su lengua en mi boca. ¡Qué sensación! Nos escondimos detrás de la palmera y continuamos. Los besos, las lamidas, las chupadas, las cosas que me decía al oído... Fue cuando noté el movimiento de su mano

izquierda y todas las sensaciones que causó cuando empezó a toquetear mis senos. Intenté detenerlo y me preguntó si no me gustaba.

—Está bien, continúa –le dije.

Entonces, hábilmente introdujo su mano por debajo de mi blusa y mi brasier y empezó a presionar mi pezón y a formar pequeños círculos imaginarios en éste con su dedo. Escalofríos y cosquilleos empezaron a recorrer mi cuerpo. No vi cuándo, pero su mano derecha se posó en mi nalga izquierda y la apretaba exquisitamente. «Vaya, qué manos tan suaves», pensaba. Sentí una cálida humedad que empezó a mojar mis calzones. No advertí, por el trance en que me encontraba, cuándo su mano se introdujo adentro de mi pantalón. Descendió, sentía su dedo índice explorando todo lo posible, hasta que dio con mi vagina. Noté que advirtió la humedad, y me dijo:

—Vaya, sí te está gustando.

Con su dedo se abrió paso hasta meterlo adentro, después introdujo otro más, que entró sin ninguna dificultad, y lentamente empezó a hacer unos delicados movimientos. Imagínense cómo me sentía, para mí todo eso era nuevo. Él me besaba y succionaba repetidamente mi cuello, con la mano izquierda acariciaba mis pechos y con la derecha penetraba mi alma. Sentí que me derretía como queso amarillo.

Se detuvo, dijo que lo esperara, pero se marchó y no lo vi más aquella noche.

Nunca dijo adiós.

—¡Marcel! ¡Levántate, cabrón!

—*Oui*, ya te escuché, *mère*.

—¡Deja de flojear, de veras. Ya vente a comer!

—Un momento –dije, para que cesaran los gritos de mi madre.

Como era de esperarse, traía una cruda tremenda, no soportaba el dolor de cabeza. Intenté levantarme de la cama para ir al baño, pero abandoné la idea cuando al ponerme de pie sentí vértigos y ganas de guacarear.

—¡A la chingada los riñones!, mejor me regreso a la cama –traté de calmar los calambres estomacales recostándome boca arriba, y lo primero que me vino a la mente fue el puto vodka y el puto jager.

Cerré mis mareados ojos y recordé la imagen de la bella joven.

—Sam... ¿cómo se llamaba? Samanta, no... Susana, no... Sámara, ése es. Vaya, cómo besaba, y qué carnes tan firmes tenía. Aún recuerdo todo lo que hicimos detrás de esa palmera, y la erección tan dura que tuve. De tanta presión sentía que me reventaría la cabeza. Pero lo que no comprendo es por qué se fue. Me dijo que la esperara y nunca volvió. Ni siquiera dijo au revoir. Recuerdo el gran dolor con el que me dejó. Creo que aún tengo inflamados los huevos; pero en fin, qué hermosa chava. Tengo que buscarla, saber dónde vive, conocer a sus padres, sus pasiones, quiero que sea mía; esos ojos, esa boquita...

¿Dónde está el pinche celular? Qué desmadre de cuarto, la neta. Necesito hacer la menage. ¡Ah, aquí está! Pero, ¿por dónde empezar? A ver si Juan la conoce. ¿Cómo pude ser tan pendejo de no pedirle su número?

—¿Bueno?

—*Bonjour*, Juanebrio. ¿Cómo amaneciste, putito?

—¿Qué pedo, pinche francesito? Pos ¿cómo crees? Crudo, wey.

—Ah, qué coincidencia. Oye, cabrón, aguanta. No creas que te llamo para ligarte.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué quieres, wey?

—No, wey. Es que, mira, así está la cosa: en tu reunión de ayer le pegué una pasteleadota a una femme llamada Sámara.

—¡Ah, no mames! ¿Neta, a la Sámara? ¡Te cuajaste!

—Sí. ¿Sabes su cel?

—No, pero se ve que aguanta.

—¿No? Entonces ya valió madre. Yo quería pedirte su número.

—Pero tengo el de Karla, dizque su mejor amiga. A ella sí la ubico bien, ¿te sirve?

—Oui.

—Pinche francesito. A ver, es 3312665795.

—*Merci beaucoup*, Juanebrio.

—En español, wey. Me debes una.

—Que chingues a tu madre. No te creas. Gracias, Juanebrio; de rato. Ya chingué. A ver, tranquilo, tranquilo, ¿eh? Tres, tres, uno, dos, seis, seis, cinco, siete, nueve, cinco...

—¿Bueno... sí?

—¿Karla?

—Eh, ¿quién habla?

—Eh, buenas tardes, habla Marcel. No nos conocemos pero yo a tu amiga Sámara sí. Conversé con ella en la reunión que hizo ayer Juan, pero, ¿sabes?, nunca le pedí su número y pues quería ver si tú podrías facilitármelo, para invitarla a salir.

—¿Que no lo sabes? —Karla se quedó callada, su voz era extraña. Dudó un momento y me dijo—: Sámara tuvo un accidente.

—¿Un accidente? No juegues. Yo platiqué con ella anoche —me ganó la duda, pues la voz de Karla se escuchaba fatal. Luego comenzó a sollozar.

—Fue esta mañana, en su casa. Sus padres la encontraron en el baño. Se ahogó en la bañera. Parece que se quedó dormida.

Enmudecí. No supe cómo reaccionar. No supe cuánto tiempo pasó. Seguía escuchando a Karla llorar. Lo único que pude decir fue un melancólico y seco:

—Lo siento...

¿En tinta negra o azul?

Liliana Danaé Durán Torres

Preparatoria 10

Luvina Joven 62

¿En cuántas tintas diferentes puede relatarse una historia? Puedo escribir un cuento, un verso o un poema, tal vez inclusive toda una novela. Puede ser la misma en distintos colores de tinta: azul para el soñador, roja para el enamorado y negra para el que está agobiado. Pero, al fin y al cabo, será la misma historia, sólo con un color diferente.

Las fotografías no son así, en ellas hay más variedad de colores, más de un millón de interpretaciones y más de 15,000 de ellas que no queremos ver. Puedo ver una colonia con cimientos en la tierra, un niño con una vara jugando a ser guerrero en un montón de arena. Una niña paseando con la vista hacia lo alto, tratando de ver con sus propios ojos qué hay más allá de ese Sol que refleja sus rayos frente al lente de la cámara.

Podría tomar una tangente y verle el lado en que todo es miseria, pero la vista fija de la niña en el cielo y el andar del pequeño niño jugando con una simple vara me desmentirían. A pesar de cuán pobre sea el lugar siempre quedarán varas, tierra y un sol para jugar.

Juguetes mejores no se podrán encontrar pues éstos no se acabarán ni romperán, se transformarán en campo de batalla, en castillo o en la Luna, con la simple insinuación de un sueño en su imaginación.





Selección III

Selección de Guadalupe Aguilar Rojas

¿Se puede querer a dos?

La lluvia
es la tristeza de los días
porque siempre se quiere más
a una persona que a otra.

El sol se asoma en la montaña
del oscuro amanecer,
siento gusto al estar contigo,
cayendo en el profundo mar del misterio.

Pero, al mirarme en los ojos del otro,
me pierdo en ellos, son el dulce
que recobra la felicidad.

A ambos los necesito,
el calor de mi alma es estremecedor.

¿Se puede sentir a alguien?
Su sabor en el aire claro,
el olor de su presencia
por el camino sinuoso y grotesco.

Siento miedo de verte de nuevo
por el cálido cielo.
Anhelo. Gran pasión.
En la música de la tierra fresca
tengo ilusiones irreales,
pero el sutil aroma de la naturaleza
me dice que debo dejarte.

Norma Liliana Munguía Cárdenas
Escuela Politécnica Guadalajara
Luvina Joven 63

Nunca despertar

David Michael Oliveras Asís

Preparatoria 10

Luvina Joven 63

“¡Nery, ya despierta!”, grita mi madre desde la cocina. “¡Vas a llegar tarde a la escuela!” “Ya voy, ya voy...” No quería levantarme de la cama, había soñado algo muy raro, pero no recuerdo de qué se trataba. Intentaba acordarme pero me llegaban imágenes muy borrosas. Sólo sabía que tenía algo que ver con el libro Viaje al centro de la Tierra. Las imágenes, que con trabajos recordaba, eran parecidas a las cuevas que describía Julio Verne. “No hagas caso, tu mente está trabajando de más”, pensaba, “sólo fue un sueño”.

Bajé a la cocina y desayuné unos huevos que no me gustaron mucho. Mi madre no sabe preparar huevos, siempre les falta sal. Tomé el bote de sal y lo confundí con una lámpara. Me quedé paralizado por un instante: era igual que la lámpara de la novela, e igual de rápido como apareció, se esfumó. No podía seguir comiendo, sentía mi estómago revuelto. Agarré mi mochila y salí a la calle. Volví a intentar recordar mi sueño y nomás de imaginarlo se me revolvía más el estómago. Caminé hasta la parada del camión y mi vista empezó a nublarse. Me apoyé en un poste para tomar aire, pero eso no me sirvió, mi cabeza daba vueltas, veía al Profesor Hardwigg, a su sobrino y una cueva tras otra. No pude más, caí a gatas y vomité. Cuando me levanté, mi cabeza estaba mojada de un sudor frío que corría por mi frente. Vi que estaba en una cueva que me era familiar, con paredes tapizadas de minerales brillosos, el piso muy rocoso y tosco, y el tenue sonido de agua corriendo a lo lejos. Comencé a correr, pero no sabía hacia dónde iba; empecé a tener miedo, el sudor estaba empapándome más y más, yo sólo sabía que quería salir. Corrí y corrí y me dije: “Aquí me voy a quedar de por vida, pero no me daré por vencido, sé que hay una salida y esa salida da...” No pude terminar. Caí en un pozo del que nunca llegué a tocar el fondo...

Esa tarde, mi madre empezó a preocuparse por mí pues no llegué

a casa. Me buscó en la secundaria y le dijeron que jamás llegué. Furiosa, regresó a casa y me marcó al celular, pero tampoco contesté. A la puerta llegó mi mejor amigo, Miguel, con lágrimas escurriendo por su cara. Mi madre ya sabía que me había pasado algo. Miguel le contó que empecé a actuar como loco en la parada del camión, que gritaba como un lunático en medio de la avenida y que el camión de la escuela me había atropellado. Pero yo no le creo...: sigo cayendo.

Hablo solo

Selene Guadalupe González Briseño

Preparatoria 12

Luvina Joven 63

“Hablo solo, bebo té, tomo notas para hacer de mi vida sin ti algo habitable.”

Escuchando la primera estrofa de una canción, pienso qué estará pasando contigo. ¿Será que hasta el día de hoy puedo comprenderlo? ¿Acaso será hoy?

Ella vive tan irónicamente y aun así la prefieres; sufro en silencio por no tenerte a mi lado. Estuvimos bastante tiempo y juro que la pasé muy bien, el plan era tener algo sin poner mi corazón en peligro, y lo único que gané es que ahora tengo que tomar algo para poder dormir, esa pastilla rosa que me deja escapar de esta cruel realidad.

Creo que tu corazón ebúrneo nunca ha querido sentir y eso me da lástima, el miedo que sientes lo único que hará es que termines solo

La música sigue fluyendo como los ríos y, encendiendo una larga pipa, sigo pensando en ti, y no es lo más conveniente pues terminaré herida.

Continúo escuchando. “Así pues, cuando no tengas nada que hacer y yo pase por tu cabeza, nadie podrá oírte, así que piensa en mí como si me quisieras.”

Sigo escuchándote cuestionar hasta al mismo amor y pienso en voz alta “¿Será esto posible?”.

Solo tú te atreverías a cuestionar algo tan mágico como el amor, así que dejo atrás mi duda.

Después de varios días de soledad, me resigno y, dirigiéndome hacia un encuentro poco probable contigo, levanto la cabeza y continúo caminando.

Tal vez te encuentre con alguien disfrutando de su compañía, o a ti y tus malditos excesos.

“Nos quedarán menos mal, Dry Martini, s.a.”

Me detengo a juzgar esta pequeña parte y comprendo que puedo continuar sin tu presencia en esta vida tan bella pero tan miserable a la vez.

“El aire, el aire, quererte es intentar atrapar con las manos el aire, quererte es como obrar un milagro.”

Luego de todo lo pensado vuelvo a estar a tus pies, veo pasar el tiempo en mi reloj de bolsillo y con un bello plenilunio espero poder tener un momento contigo.

Después de un buen abrazo y siendo ya muy tarde, te digo: “¿Puedo contar con tu compañía hasta la puerta de mi casa?”

Escuchando un lindo “sí” de tu boca, sigo caminando a tu lado, tengo muy presente que tendremos un bello paseo inmoral.

Llegamos a un lugar más sosegado, empiezas a besarme, nos besamos; después preguntas si quiero hacerlo más divertido, yo titubeo, al final contesto que sí.

Me pregunto: “¿Será esto prudente?”

Me quedo con la duda y continúo con lo de nosotros, todo empieza a cambiar, ahora creo no poder controlarte.

Buscas en tus bolsillos, desesperado, y preguntas: “¿Quieres ir a otro lado?”

Sé hasta dónde quieres llegar y me detengo ahí, después ayudo a que te vayas y te doy un pequeño beso.

Todo terminó, nunca supe si tuvimos algo, si en realidad me quisiste, y tendré la duda hasta que te olvide, y, para que lo sepas, yo te he querido.

“Y ahora, si tiemblo de dolor, y si aúllo de dolor, y si ladro de dolor, y si ululo de dolor es por ti.”

Encendiendo un cigarrillo, me pongo a cuestionar todo lo acontecido y comprendo más las cosas.

... Fueron las estrellas...

David Michael Oliveras Asís

Preparatoria 10

Luvina Joven 63

Eran las tres de la madrugada y Samuel miraba el techo de su recámara, apreciaba las estampas de estrellas y lunas que brillaban en la oscuridad y las formas de animales colmilludos que se devoraban entre sí.

Su vejiga se inflaba, pero no quería levantarse. Se quedó estático jugando con su mente, deseaba estar allí metido entre esas bestias que veía en el techo. Pero su vejiga no lo dejaba concentrarse.

Por fin, se levantó de la cama. Volteó a ver el reloj que colgaba en el muro; no podía saber la hora, pero creyó que eran las ocho.

Empezó a caminar hacia la puerta de su cuarto, salió al pasillo, a oscuras se apoyó en las puertas de los otros cuartos. El baño estaba del otro lado.

Comenzaba a temblar, no sabía si era por el frío que hacía en su casa o por las ganas de ir al baño. Presentía que algo en su cuerpo estaba mal. En sueños, sentía que una bestia le devoraba las entrañas.

Abrió la puerta del baño, vio su cara en el espejo y acomodó su cabello para descubrirse la cara. “Todo normal”, pensaba Samuel, “todo normal”. Se paró frente al escusado y empezó a mear; sintió un dolor infernal, se retorció en el piso gritando de dolor. Entraron sus padres corriendo, pálidos del susto, y vieron que su hijo está en el piso, ensangrentado desde la pelvis hasta los pies. Samuel dio un último grito y en un suspiro dijo: “...fueron las estrellas... fueron las estrellas...”.

Tiempo, tiempo...

Apenas ayer razonaba,
apenas y veía...
Hoy no sé a dónde avanzar
ni sé qué hacer con mi vida.

El tiempo... Qué tiempo...

Tan pesado y tan voluble,
rápido y tedioso...
Simplemente pasa,
se va.

Tantas cosas aprendidas,
tantas otras olvidadas...
Deseos, pasiones, pensamientos,
experiencias, intenciones...

No sé qué hacer...
Tiempo, tiempo...
tonto tiempo.

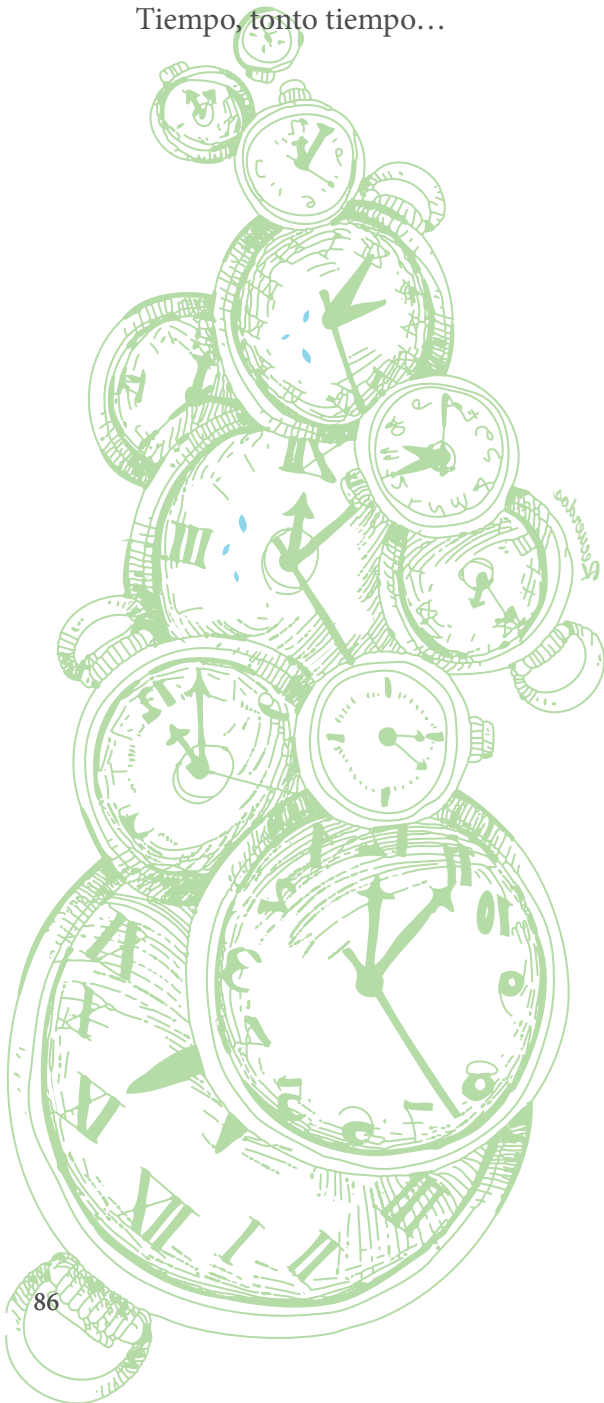
Hoy todo se me acaba,
la vida se me desvanece...

Tiempo... Estúpido tiempo...
a todos te llevas,
me has dejado sola.

No te basta el sol,
no te basta la luna,
no te basta el planeta...

Cuánto dejas en el aire,
sólo una brisa de melancolía,
sólo el oxígeno de nuestros recuerdos.

Tiempo, tonto tiempo...



Cinthy Rodríguez
Preparatoria 10
Luvina Joven 6

Tres haikús

César Alejandro Ramírez

Preparatoria 3

Luvina Joven 64

1

Cuando analizas el tiempo
te das cuenta de que padece
eyaculación precoz.

2

.....

.....

..... punto

3

Los cisnes son blancos
porque decidimos que
las panteras son negras.

Minificción

Carlos Miguel Acosta Navarro

Preparatoria 10

Luvina Joven 64

Aquella vez, solamente derramé un sinfín de historias sin contarlas.

Los daños

Jessica Fabiola Rodríguez López

Preparatoria 7

Luvina Joven 64

Habría que usar un polisíndeton
habría que usar millones
y no bastarían para llenar de verbos el corazón
para satisfacer mis ganas de epítetos

y un fingido asíndeton nos cayó
de repente
y ya no existías tú, ni yo
sólo la nada

Después de que aquel malvado hipérbaton
revolcó nuestros rostros antediluvianos
haciendo de todo lodo
pequeños trozos de cinografías
envaradas en los ojos

ahora ya no sé nada:
la elipsis me tragó en su inmensidad
ninguna etopeya podría servir
y tampoco podría el símil socorrernos
porque es ya tan viejo que no puede andar

Pero todo empezó con un homófono
nos confundió y nos creímos el uno al otro
no hubo más que una metadiégesis
y un montón de gritonas prospecciones
falso todo, pero de bellas voces
(Malditas sirenas, actantes ocultas)

Metaforé tu voz
hiperbolé tu esencia
pero ahora somos palabras al viento
jugando con los verbos
evadiendo a los sujetos
y odiando tanto ese maldito adjetivo

Instrucciones para despertar

Juan Pablo Manríquez Varón

Preparatoria 12

Luvina Joven 64

Despertar no es una acción tan sencilla como lo parece, para poder llevarla a cabo es necesario estar completamente dormido. Se recomienda estar acostado, aunque en ocasiones esto no es necesario, también puede hacerlo sentado o inclusive de pie.

Una vez llevadas a cabo las indicaciones anteriores, usted está listo para despertar. Comenzará por sentir una ligereza en su cuerpo, o mejor dicho, sentirá que flota sobre la cama (en caso de estar acostado; si está sentado, será sobre la silla o el sillón, y si está de pie, sobre el piso). Esta sensación durará muy poco tiempo, pues se verá interrumpida súbitamente por otra de tener un gran peso sobre su cuerpo; pero no se asuste al recibir este golpe del mundo, es de lo más normal. Para cuando se haya acostumbrado a este peso, se encontrará más cerca de estar completamente despierto, sus ojos se abrirán lentamente y se lo demostrarán, comenzará a tener un control limitado sobre su cuerpo, ya que sus movimientos serán torpes y lentos. Usted se encuentra en una etapa a la que llamo “estado zombi”.

Salir del estado zombi le llevará varios minutos, ya que tiene que asimilar y comprender el entorno que lo rodea, pero sobre todo cuál es el propósito de despertar en ese momento. Si su propósito de despertar es muy importante, existe una técnica de la que puede valerse para salir más rápido del estado zombi: diríjase a la llave de agua potable más cercana a usted, tome algo de este vital líquido entre sus manos y láncelo sobre su rostro. De inmediato tomará el control de su cuerpo y su presencia será completa en el mundo físico. Se recomienda hacer esto por lo menos tres veces, así la eficiencia de esta técnica es más segura.

Pero si su propósito de despertar no es importante, o mejor dicho, si no tiene un propósito para despertar, la recomendación es que usted siga recostado (en caso de haberlo estado; si usted se encuentra sentado o de pie, se recomienda que busque un lugar en dónde recostarse, ya que así es más cómodo dormir) y vuelva a retomar su sueño. No le será difícil.

El asalto

Yazmin Andrea Padilla

Preparatoria de Tonalá

Luvina Joven 64

Eran las diez de la noche. En casa, Pedro platicaba con su esposa: —¿Por qué no te vas mañana temprano? —le dijo Ana, con su bebé en los brazos. A lo que Pedro respondió: —No, me quiero ir de una vez, la mueblería me exige que salga hoy por la noche, mañana temprano tienen una cita y, como soy el único chofer, tengo que llegar muy temprano a Guanajuato, hacer la entrega y regresar de inmediato. Además, el camino tiene mala fama, dicen que hay muchos asaltantes y que es mejor viajar de día.

Ana preparaba las cosas de su marido en silencio. La maleta estuvo lista y unos minutos después llegó el amigo de Pedro, llamado Pablo, que sería su acompañante. Salieron a la cochera para revisar la camioneta en la que viajarían.

Llegó la hora de irse, Pedro entró a su casa para despedirse de su familia, quienes sólo le dijeron adiós y le pidieron que se cuidara. Se subieron a la camioneta, él era el piloto y su amigo Pablo el copiloto. Para no dormirse, hablaban sobre la exigencia de la empresa de manejar de noche. El tiempo pasaba lento en la oscura carretera. Ya entrada la madrugada, la carretera se veía muy tenebrosa, no pasaban vehículos. Pedro, que era el chofer, miraba con frecuencia por los espejos retrovisores, le sorprendía descubrir que no se veía tránsito en muchos kilómetros a la distancia.

De pronto, por el retrovisor vio una brillante luz, luego distinguió un coche que se aproximaba, y le dijo a Pablo: — ¡No manches, ya valió madre!—. Con un tono ligero, el copiloto respondió: — ¡Sí, ya vi!, ¡ya nos jodimos!—. En eso, el carro los rebasó y se puso frente a ellos. Uno de los pasajeros sacó una farola color naranja para indicarles que se pararan, y los alumbraron con lámparas de mano. Eran cuatro personas armadas, dos de ellas con pistolas y las otras dos con esos llamados “cuernos de chivo”.

Les apuntaron en la sien con las pistolas, mientras los otros dos con los cuernos de chivo les apuntaban desde enfrente de la camioneta. La persona que le apuntaba a Pedro le dijo: – ¡Policía federal! ¡Esta camioneta tiene reporte de robo! ¿Tienes los papeles? ¡Muéstramelos! –. Pablo exclamó: – ¡No inventes! ¡Tú no eres policía federal! –. El supuesto policía lo agarró del cabello, luego lo jaló, lo sacó por la ventanilla de la camioneta y le gritó: – ¡Cállate, porque si no, te mueres!–, mientras le apuntaba con la pistola.

También bajaron a Pedro. Luego los metieron en el auto de manera que permanecieran agachados; todo esto sin bajar las armas. Dos de los asaltantes se subieron a la camioneta de Pedro y se la llevaron. El carro se fue tras ellos. Los amigos viajaban con la cabeza abajo, no podían ni voltear a verlos. Pedro sintió que el carro rebasó a la camioneta y escuchó que le dieron instrucciones al chofer de la camioneta, pero no pudo escuchar con claridad. El carro dio vuelta en u y volvieron hacia atrás, entraron por una brecha y avanzaron aproximadamente un kilómetro. Por fin se detuvieron, los bajaron del auto, los llevaron atrás y los hincaron.

Pedro, Pablo y uno de los asaltantes se quedaron allí, mientras el piloto regresaba hacia la carretera. Los amigos permanecieron quietos, el asaltante les apuntaba con una pistola, temblaba y parecía que no podía respirar muy bien, inhalaba muy fuerte. Pedro pensó que su verdugo estaba drogado –quizás cocaína, el “perico” no lo deja ni respirar–. Pablo le hacía señas a su compañero de que entre los dos golpearan al asaltante para escapar, pero Pedro le contestaba que no, con mímica y muecas de la cara.

De pronto, el hombre sacó una cajetilla de cigarros, tomó uno y lo encendió. Mientras fumaba, les dijo: –Fíjense bien lo que van a hacer: van a ir al pueblito que sigue y van a poner allí su demanda. Van a decir que era una camioneta RAM negra, que venían ocho sujetos vestidos de negro, con gorra y capucha. Si no lo hacen así, nos vamos a dar cuenta, porque nosotros vamos a leer su declaración, y si no dicen lo que les digo, ¡los van a matar! ¡¿Entendido?!–. Las víctimas asintieron.

Asustado, Pedro le pidió un cigarro al victimario, con el argumento de que ellos también estaban nerviosos. El hombre les lanzó la caja de cigarros. Después le pidieron que bajara el arma: –Ya sabemos que es

un asalto y que no nos conviene meternos en broncas-. El hombre les contestó: -Mi compañero va a regresar por mí. Ustedes se quedan aquí, el cómo van a regresar es su pedo, ¡¿estamos?!-. Después, todo quedó en silencio. La luna, que había estado reluciente, fue cubierta por una nube oscura, de la que comenzaron a caer gotas de lluvia.

Caían las gotas en lo alto de la milpa. Al otro lado de la brecha se escuchaba el correr de un río. El sonido del motor de un auto que se acercaba rompió el silencio; también se escuchó sonar un celular, el del hombre que los estaba cuidando, su compañero y le decía que se prepara para irse. El hombre no dijo nada, se dio la media vuelta, al llegar el auto se subió y se alejaron. Pedro y Pablo se quedaron allí, inmóviles, preguntándose qué hacer. Decidieron comenzar a caminar y se dieron cuenta de que la carretera estaba lejísimos.

Caminaban lento, desganados, pensativos. Vieron un par de luces moviéndose hacia ellos, así que corrieron hacia el otro lado de la brecha, gritaron, hicieron señas con sus brazos, pero el vehículo nunca apareció. Siguieron caminando por la carretera, pidiendo un aventón cada vez que eran alcanzados por algún conductor frío e indiferente. Pedro se desesperó y su amigo trató de tranquilizarlo: - ¡Cálmate! ¡Te van a aplastar! ¡Nadie va a detenerse, piensan que los vamos a asaltar!-. Cansados, decidieron sentarse y esperar a que amaneciera.

De cuento

Mónica Berenice Martínez

Preparatoria Regional de Tonalá Norte

Luvina Joven 64

Cuidado con las piedras que flotan, Isabel, te podrían golpear y hacer rodar por el espacio. Mira, te llevaré a ese lugar, sólo que por esta ocasión tendrás que poner atención, porque las próximas siempre serán diferentes. Estábamos parados en medio de un lugar tan lejano al que nadie podía llegar, ni siquiera la soledad. Isabel estaba tan impresionada, yo sólo veía su cara, esas mejillas rosadas que resaltaban en su piel tan blanca; sentía su aroma inolvidable. Nos fuimos caminando muy lento, ella tenía miedo de perderse. Hacía un poco de frío, pero no me importó, el panorama era hermoso, las estrellas pasaban al lado, podíamos tocarlas y mirarlas detenidamente, brincar de roca en roca y sentir que volábamos al saltar de planeta en planeta; ¡todo era tan especial! Pero lo más inesperado pasó, no pude hacer nada, ni siquiera tuve tiempo de reaccionar, ¿dónde estaba Isabel? ¿Cómo era posible que la hubiese extraviado? Mi desesperación fue en aumento, tenía que encontrarla, no es posible que una persona camine tan de prisa como para perderse. Salté, me agaché, busqué por todos lados, de estrella en estrella, planeta por planeta, tropezando en los cráteres, en las rocas, todo por buscarla. Vi muchos rostros, pero ninguno se le parecía.

Tardé días enteros, meses sin descanso, años incluso, buscando hasta en el más pequeño rincón de aquel enorme espacio, hasta que comencé a volverme loco, imaginé que algún ser la tenía o, peor aún, que la había devorado. Después de tanto buscar me di por vencido, resignándome a vivir solo en aquel lugar. De pronto la vi sentada mirando una estrella detenidamente, como cuando la perdí; corrí con desespero hacia donde estaba, pero un paso antes de llegar resbalé y caí al espacio, sin que Isabel se diera cuenta de que al fin había podido encontrarla. Al caer, mi voz se fue haciendo más débil, no podía producir sonido alguno, mucho menos gritar para que me escuchara y supiera que estaba vivo.

–Amor, amor, ya es hora, despierta, tienes que ir a trabajar...

Untitled

Claudia Reyes

Preparatoria 8

Luvina Joven 64

Dicen que cuando estás a punto de morir ves tu vida pasar frente a tus ojos. Yo me veo en el día que nos conocimos, en el pasillo de escuela. Nos veo en el parque platicando, riendo, sin preocupaciones. También todas las peleas y las discusiones que nos trajeron al día de hoy.

Llevaba días, semanas planeándolo. Tenía que ser perfecto.

El secuestro fue fácil. Lo había seguido hasta el hotel barato. Sólo tuve que dormirlo y lo llevé a la bodega.

Se despertó unas cuantas horas después, obviamente, asustado por no reconocer el lugar en el que se encontraba. Lo tenía amarrado a uno de los pilares. No planeaba torturarlo, pero al menos tenía derecho de saber por qué lo iba a matar. Quería gritar, lo veía en su cara. El sólo hecho de verme lo hacía querer salir corriendo y pretender que esto no estaba pasando. Pero no se saldría con la suya. No esta vez.

Lo saludé y le pregunté cómo se sentía. Más que nada como un gesto de burla, sarcasmo recordando su hipocresía de aquella vez.

Intentó razonar conmigo, hacerme ver que estaba en un error. Claro que era un error. Fue un error no haber pensado en esto antes. Quería persuadirme. Decía que lo perdonara por “los viejos tiempos”. Pero esos tiempos ya no tenían importancia. No después de todo lo que hizo.

Empezó a llorar. Patético. Lágrimas caían por sus mejillas mientras yo no paraba de reírme. Lo había visto llorar muchas veces, pero nunca como hoy. Antes llorábamos juntos, compartiendo penas o alegrías. Pero hoy lloraría solo.

Tenía que actuar rápido. No faltaba mucho antes de que alguien intentara localizarlo. Tenía que proceder ya. Pero no podía pensar. Su llanto y sus gritos no me dejaban. Seguía rogando que lo liberara, pero esta vez cambió de movimiento. Aseguraba que me amaba, que podíamos iniciar una nueva vida. Juntos. Lejos de todo y todos, olvidándonos de este pequeño incidente. Y casi le creí. Quería lo mismo. Quería apiadarme de él, soltarlo y que nos fuéramos de aquí. Juntos.

Pero no podía, él nunca sintió compasión por mí. Siempre humillación tras humillación sin siquiera pensar en mis sentimientos.

Desistió. Se calló por unos instantes. Sus lágrimas dejaron de caer, pero yo sabía que aún quería llorar. Lo conocía demasiado bien.

—¿En qué te has convertido? —me decía.

—¿En qué me he convertido? ¡En qué me has convertido! Esto que ves, esto que estás viviendo, sólo es consecuencia de tus actos, consecuencia de tus burlas y tus desplantes.

—Todo pudo haber sido diferente.

¡Por supuesto que pudo haber sido diferente! Pudo ser como atrás lo había descrito. Juntos. Eso pudo haber sido.

No podía continuar, no quería, pero tenía que. Cada vez quedaba menos tiempo antes de que la ciudad despertara. Me estaba quedando sin excusas para aplazarlo. Me dispuse a preparar todo. Me puse unos guantes gruesos y reuní el material. Su muerte sería sencilla y no dejaría marca. El simple hecho de insertar un poco de tinta a través de una vénula sería todo. Ni siquiera sufriría. Más generosa no podía ser.

Llené la jeringa con tinta y me incliné para inyectársela. “Si te mueves, te dolerá”, le dije. Aun después de todo, quería que no sufriera. Abrí un poco su ojo con la mano izquierda y cada vez acercaba más la aguja. De pronto sentí un dolor intenso en la cabeza mientras caía al piso. Abrí los ojos y vi a mi acompañante de pie, se había soltado.

Pero, ¿qué había pasado? No entendía la situación. ¿Cómo se había soltado? ¿En qué momento?

—Llevo así un rato... Esperaba que cambiaras de opinión...

Su semblante era de verdadera tristeza y decepción. El dolor no cesaba, al contrario, cada vez era más punzante. Sentía la sangre correr en mi cabeza. La inconsciencia me estaba invadiendo. Lo último que recuerdo son los pasos de él alejándose para siempre, antes de cerrar los ojos.

Te mentiría...

Te mentiría al decir no me duele,
que la distancia será mucho mejor.
Que no necesito quién me consuele,
que entre tú y yo no hay vencedor.
Te mentiría al decir no te amo,
que podré olvidar cada momento,
que lágrimas ya no derramo,
que las palabras se fueron con el viento.
Te mentiría al decir soportaré,
que ya no será tuyo mi corazón,
que esta historia no repetiré,
que ya te he olvidado sin razón
Te mentiría al decir que fallé,
que es culpa mía tanto dolor,
que ni en la ausencia yo me hallé,
que en tu vida no habrá más color.

Alejandra Sthefania Molina Partida
Preparatoria de Tonalá
Luvina Joven 65



Josué Robledo Cabrera
Preparatoria 4
Luvina Joven 65

La luz molestaba mis sueños, las persianas se abrían ante mis ojos y miraba los primeros rayos de sol que entraban por la ventana e iluminaban mi habitación. Mi padre llevaba las cosas para partir, mientras yo arrebatava los víveres de sus manos para ayudar y poder irnos, salíamos rumbo a casa de mis abuelos. Mi estómago revoloteaba por llegar, mi interés aumentaba mirando la ya conocida ruta; pero no era por la deliciosa comida de mi abuela, ni las crujientes galletas de mantequilla que horneaba por la tardes. Mi interés y mi adrenalina aumentaban cada vez que pensaba en aquella habitación, cada escalón rumbo a ella era un palpitar dentro de mi pecho; sigiloso como un roedor temeroso abría la puerta de la habitación, por doquier había libros viejos y polvorientos, y yo tenía hambre de mirar dentro de ellos, y temor de que mi abuelo abriera la puerta de la habitación y me descubriera.

Imaginaba las historias de mi abuelo, que al marcharme me recordaba que no entrara en aquella habitación, que se enojaría. Hojeaba excitado por las hermosas ilustraciones, todo un universo que en la escuela nunca vi; imaginaba habitar en otro planeta, viajar a la velocidad de la luz, caminar sobre la luna y alejarme de esta galaxia. Me disponía a salir para no ser descubierto, pero un enorme libro cautivó mi mirada; sin dejar de observarlo, dispuse del sillón y seguí contemplando sus imágenes, tomé la pipa con la que fumaba mi abuelo cuando contaba cada una de sus historias; leía como él lo hacía, cruzada la pierna y tomando la pipa en la mano, quería ser como él, ser parte de tantas historias fascinantes. Escuché un extraño ruido, asustado dejé caer la pipa, mi abuelo entró en la habitación, me miró; mi cuerpo inmóvil no podía reaccionar, al igual que mi boca. Atemorizado y triste por aquella decepción, agaché la mirada dispuesto a recibir mi castigo. Mi

abuelo se acercó, sus pasos rechinaban en la madera, tocó mi hombro, yo oculté mi rostro entre las manos, tomó asiento junto a mí y dijo: “Estoy orgulloso de ti”. Confuso y temeroso aún, no comprendía.

“Me enorgullece el encontrarte aquí y mirarte a través de mi infancia; eres muy valiente. Quise privarte de este lugar para que te interesaras en él, quise asustarte para que lo enfrentaras. No estoy molesto, mi padre me prohibía entrar a su habitación, de hecho, nadie de mis hermanos osaba hacerlo, yo fui el único que se atrevió. Él se enteraba de que lo hacía, y por eso recibí mis peores castigos, me fueron prohibidas las cosas que más disfrutaba, pero nunca pudo que dejara de ser amante de las letras.”

De pesadilla a realidad

Ana Griselda Hernández Alvarado

Preparatoria de Tonalá

Luvina Joven 65

Llevaba aproximadamente tres noches seguidas soñando con sucesos que le parecían muy raros. La primera noche soñó que una mujer cuyo físico no podía distinguir le decía:

—Caroline, debes despedirte de tu familia porque por un tiempo no estarás con ellos.

Esto la asustó y, cuando despertó, gritó y fue a buscar a su mamá, papá y hermana, vio que estaban bien y dudó en contarles lo de su pesadilla, decidió mejor no hacerlo.

La segunda noche, su pesadilla fue un poco más comprensible, aunque no con exactitud; ahora, cuando vio a la mujer, tomó la iniciativa y le dijo:

—¿Qué quiere usted de mí? Me está asustando.

La mujer le contestó:

—Mira, pues es muy fácil, lo único que tienes que hacer es seguir mis indicaciones y... ¿qué quiero de ti? Solo quiero que me ayudes.

—¿Ayudarla?, pero ¿cómo?

—Tendrás que dejar tu casa para ir a otro lugar.

Caroline despertó aún más confundida, repasó y repasó ese suceso y decidió llamar por teléfono a su mejor amiga Luna, a quien le contó sus preocupaciones y le pidió un consejo:

—Luna, dime, ¿qué debo hacer para no seguir soñando con esa mujer?

A lo que ella respondió con sarcasmo:

—No sé. ¿Y si le haces caso y te vas despidiendo de tu familia? Hasta nos haría un favor llevándote muy lejos, ¿no?

—Es en serio, me siento muy asustada. ¡No te burles!

—Mejor ya ni te preocupes, quizá te sugestionaste con alguna película o algo que viste. ¡Olvídalo ya! Pero cuéntaselo a alguien de tu familia para que no te sientas tan mal.

—Bueno lo haré, ya me tengo que ir ¡Te cuidas!

—¡Hasta luego!

Después de esa conversación corrió a contárselo a su mamá y ella le dijo:

—Hija no hagas caso, es solo tu imaginación, si quieres; hoy te acompaño en tu recámara hasta que te duermas ¿Qué dices?

—La verdad me mucha pena pero... si mamá, seguro que eso me tranquilizará.

Cuando la noche llegó, su mamá cumplió lo que dijo y la acompañó hasta que concilio el sueño.

Pero el sueño se presentó por tercera ocasión. Ahora la mujer le dijo:

—Veo que has esparcido lo que te dije, no debes creer que es tu imaginación o tu autosugestión, porque esto es real.

—¡Solo dime que quieres! —Tengo mucho miedo—. ¿Qué no te das cuenta?

—Está bien te lo diré, pon mucha atención. A partir de mañana al despertar ya no serás la misma.

—¿Qué?

Diciéndole con voz dura y de mando la mujer le dijo:

—¡Guarda silencio! Si es que quieres que te informe no me interrumpas, de lo contrario las cosas sucederán sin que lo sepas. Tú decide.

—Perdón, continúe

—Yo soy un lo que ustedes llaman un extraterrestre, y quiero que vengas con nosotros, pero solo tu espíritu y alma porque tu cuerpo será ocupado por mí para obtener datos que necesitamos de ustedes los humanos.

—No, yo no puedo hacer eso, apenas tengo dieciséis años y no merezco esto que me está pasando. Esto tiene que ser mentira ¿verdad?

—No tienes otra opción, eres la elegida por nosotros y todo gracias a la inteligencia que presentas, deberías de alegrarte ¿No crees? Además no tengas miedo no te haremos daño y no será para siempre, serán solo un par de semanas.

—Promételo, promete que volveré a ser yo otra vez en dos semanas.

—Claro, te doy mi palabra

Cuando Caroline despertó ya no estaba en su casa, ahora se encontraba en un lugar muy grande, con muchas ventanas en cada muro de

la habitación y estaba muy bien iluminada con luces blancas, en ella no había ni un solo mueble que le pareciera conocido, al contrario, había solo cosas raras a las que no les encontraba algún uso útil. Entonces recordó las palabras de aquel sueño, y comenzó a llorar, al saberse en una nave espacial o algo así. Mientras lloraba apareció un ser, que limpiándole las lágrimas le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—No sé, no estoy segura de nada, lo único que sé es que por culpa de un maldito sueño estoy aquí, pero ¿Qué hago? Eso no puedo explicarlo.

—Sí, te comprendo, ¿Cuál es tu nombre?

—Caroline, pero no me comprendes, creo que nadie lo puede hacer, ni yo misma siquiera.

—Te comprendo, por lo que dices, a mí me pasó lo mismo que a ti, la única diferencia es que yo me quedaré aquí por siempre y tu seguramente sólo unos cuantos días. Tuviste suerte de encontrarme, cuando yo llegué no había nadie que me orientara, pero ahora ya tengo mucha experiencia y te ayudaré en lo que pueda.

—Y ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Jorge, pensé que nunca lo preguntarías.

—Pues gracias por la ayuda

—¿Cómo te sientes?

—Me siento como en otro planeta

Jorge riendo le contestó:

—Pues no solo lo sientes, es un hecho, estas en otro planeta.

Por otra parte Natalie, quien tomó el lugar de Caroline, estaba explorando un nuevo mundo para ella, pues aunque ya había visitado el planeta tierra cada vez lo encontraba diferente. Era también quien inició este proyecto de comunicarse con alguien a través de los sueños, para poco a poco usurpar su lugar procurando que nadie se diera cuenta y así obtener información que necesitaban acerca del comportamiento humano, porque tenían formulado un plan, pero ese, jamás lo revelaron.

Natalie, conoció a un muchacho llamado Ricardo, ella quedó encantada y él ni se diga, conversaron por dos largas horas en un parque que se encontraba cerca de la escuela y luego el chico la invitó al cine y por supuesto ella aceptó.

Ambas, Caroline y Natalie sabían que esto acabaría en un par de semanas y luego regresarían a su lugar de origen.

Se había llegado el momento de terminar con toda esta confusión, pero existían dos problemas, Caroline y Jorge se enamoraron apenas cruzaron palabras y en el caso de Ricardo y Natalie fue algo similar, ese era un problema y el otro era que a Natalie se le había olvidado por completo su misión en el planeta tierra y ya no le importaba lograrlo.

Así que las dos dialogaron por un buen rato a puerta cerrada, nadie supo con exactitud qué fue lo se dijeron pero lo que sí es seguro es que llegaron al acuerdo de que permaneciera todo así, que jamás regresarían al lugar de donde venían, sino que se quedarán al lado del hombre que amaban, abandonando toda su vida por el amor.

Bigamia

Yoslin Betsabé Jiménez Montoya

Preparatoria 12

Luvina Joven 65

Es un gran hielo, nadie me hace sentir como él. Sus manos siempre más blancas que el color de mi cuerpo, me encantan. Cuando me roza, va provocando la erección de todos mis vellos, va dejando puntos, puntos —piel de gallina—. Mi piel se va poniendo firme por donde pasa. Me regala un orgasmo por cada poro. Gracias a él entendí que el sexo es un escalofrío, temblar es sexo, sentir el frío recorrer mi cuerpo es mi libido.

Tiene un aliento tan gélido que va congelando el tiempo alrededor de nosotros con tan sólo respirar –inhalar, exhalar–; miles de años estancados en la misma hora... dentro de un gigante iceberg.

Es fuego al rojo vivo. Siempre sabe que hacer conmigo. Si cuerpo perfecto, arriba del mío, me encanta. Es tan cálido que cuando me acaricia me va deformando, me va haciendo otra, me moldea con sus grandes manos, estira mis piernas, me deja marcas, tres dedos hundidos en mi brazo, sus brazos marcados en mi cintura. Me hace explotar, hacemos erupción varias veces. Él me enseñó que el sexo es quemarse; lava recorriendo mi cuerpo es mi libido.

Su aliento es tan caliente que derrite todas las horas y minutos, y hechos agua se van al piso de abajo, nos dejan completamente solos, miles de años estancados en ninguna hora... dentro de un horno calcinándonos.

Los amo a los dos, los necesito a los dos, yo nunca estoy templada, nunca tibia.



Hans Christian Baltasar Flores

Preparatoria 12

Luvina Joven 65

—Ven, anda, acércate, quiero contarte lo que soñé aquella noche que platicamos por última vez:

Recuerdo que estaba tirado en el suelo, que mi piel, mi pelo y la ropa que traía puesta se oscurecían, de tal modo que pensé que me habían bañado totalmente de una tinta muy espesa y negra. De algún modo comencé a sentirme como un títere cuando me di cuenta que no podía controlar mis movimientos; en ese momento mi cordura se empezó a esconder poco a poco en alguna parte muy profunda de mi mente, mientras mi cuerpo parecía actuar por sí mismo. Un dolor terrible, de aquellos que son insoportables, invadió mi torso y agradecí tener ya poca cordura, pues creo que de haberla tenido totalmente no sé qué hubiera pasado. El hecho de ver mi cuerpo doblado de una forma que me pareció imposible me produjo una sensación terrible. Las cosas empeoraron cuando poco después de unos momentos se torció como un acordeón, produciéndome un dolor espantoso que quise gritar tan fuerte hasta quedarme afónico, pero, para mi sorpresa, por más queforcé mi garganta, no pude producir ni un solo sonido. En ese instante, aquel grito de dolor atravesó la barrera del sueño, desperté jadeando de una forma muy agitada y en ese momento lo único que pude pensar fue: ¿qué difícil es ser tú?

Tres años después no es lo mismo

Julio César Ponce González

Preparatoria 7

Luvina Joven 66

Sí, todo mundo conoce bien la historia: ella dejó caer su larga y rubia cabellera y él subió y la rescató de la grande y terrible torre; después la llevó a vivir a su castillo (el cual, irónicamente, está lleno de torres), se amaron eternamente y fueron felices para siempre... Bueno, pero como resulta que el “para siempre” no existe y el amor eterno dura tres meses, esto fue lo que en realidad sucedió:

Corría el año de mil novecientos y cacho, cuando el rumor se extendía por todo el reino, entre los súbditos, las clases altas, las bajas y las más bajas: la Reina se estaba quedando calva. Sí, la que hacía sólo algunos meses salía en la tele haciendo comerciales de Pantene, Miss Clairol y cuanto producto nuevo para el cabello salía, ahora dejaba a su paso guedejas de cabello por todos los pasillos y salones del castillo, bueno, a excepción de las torres, porque les tenía pánico (aún no lo superaba), y es que, sin querer, las sirvientas se lo pisaban, lo que era comprensible, con lo largo que lo tenía dondequiera se le atoraba.

Hacía dos días, Petra, la encargada de limpiar el salón principal, le había arrancado las últimas tres tiras de cabello con la aspiradora; ese mismo día, salió casi volando del castillo... y de pión le cobraron la aspiradora. La Reina ya no se animaba siquiera a salir a pasearse por la plaza frontal del castillo, pues nunca faltaba un paparazzi esperando en la entrada para tomarle fotos y venderlas a TV y Novelas o Ventaneando. En la tele comentaban que no había sucedido nada más gracioso desde la caída de Juan Gabriel.

El Rey, por su parte, ni en sus luces, claro, él tenía sus propios problemas, como la denuncia por secuestro que había interpuesto la Bruja contra él por sacar a la entonces princesa de la torre y llevársela.

“¡Joder, mejor le hubiera llevado una serenata y ya!, pero no, ai ando de alma caritativa, sacando viejas presumidas de torres, y para colmo se está quedando pelona. Qué daría ahorita por haberle hecho caso a

la Bella cuando me dijo que metiéramos a la Bestia en un zoológico y nos quedáramos con su castillo y su vajilla que habla; pero en fin, ni modo”, se le oía comentar por todo el castillo.

La población entera estaba consternada y avergonzada de la calvicie de su reina, algunos incluso estaban pensando en irse a vivir al reino de los ogros que salían en las películas, sí estaban feos, pero al menos allá la reina tenía cabello. Ella, por su parte, ya había comenzado a buscar por todos lados la solución a su problema y fue a dar con una bruja, que ya le parecía conocida, pero la muy maldita sólo le ofrecía manzanas de un color raro. “¡Ni madres!”, pensó, “así le fue a Blancanieves”.

Así pasaron cinco años: la Reina se divorció, el Rey contrajo nupcias en París con el Lobo, la Abuela fue la madrina, la chica de la caperuza roja no asistió porque aún no superaba que la hubieran usado de tapadera, el reino se quedó solo (claro, con la Reina pelona y el Rey gay, era de suponerse) y todos vivieron felices para siempre, incluso ella, quien conoció a una gran amiga (bueno, dizque amiga) que le regaló toda su colección de pelucas, es así como terminó haciendo videos con una tal Lady Gaga.



Martha Leticia Velasco Zaragoza

Preparatoria 12

Luvina Joven 66

Siento las marcas del tiempo en tu piel. Resulta casi palpable esa especie de vena procedente de tu núcleo, que viaja por el centro de tu figura; lunares y manchas, su margen perfectamente definido despliega una infinidad de entradas y relieves.

Las yemas de mis dedos recorren una y otra vez tu figura, colapsando cuando logras entrar en mí. En un impulso de inercia retiro velozmente mi mano, retomo de nuevo la última posición, quizá al mirarla a detalle olvide y se amortigüe el pequeño dolor. Me pregunto las historias que sabrás; en tu tiempo, en las alturas ¿aprendiste a volar? Ligera y con gracia respondes de manera silenciosa. Y cuando vivías en el piso, ¿qué fue lo que lograste escuchar?

Tu olor me resulta fascinante, una mezcla perfecta de ámbar, frescura, nostalgia y vejez. En tus colores hay un tinte verdoso de vida mezclado con una gama de naranja y manchas de café, traslúcidas tus partículas... partículas de fe.

El iconoclasta

Said Escamilla Reyes

Preparatoria 12

Luvina Joven 66

Mi alma se llena de gran placer al ver la sangre de tu cuerpo escurrir por el mío, tu gentil rostro parecido al de una virgen bañado con mi semen, con tus lascivas melodías onduladas me llevas al orgasmo. He cortado tu cuerpo para poder hacerlo mío. Sabiendo que soy un animal fuera de sus cabales has decidido arriesgarte sin tomar precaución alguna, y he manipulado tus órganos a mi favor, despedazándote como si fueras una bloody marionette.

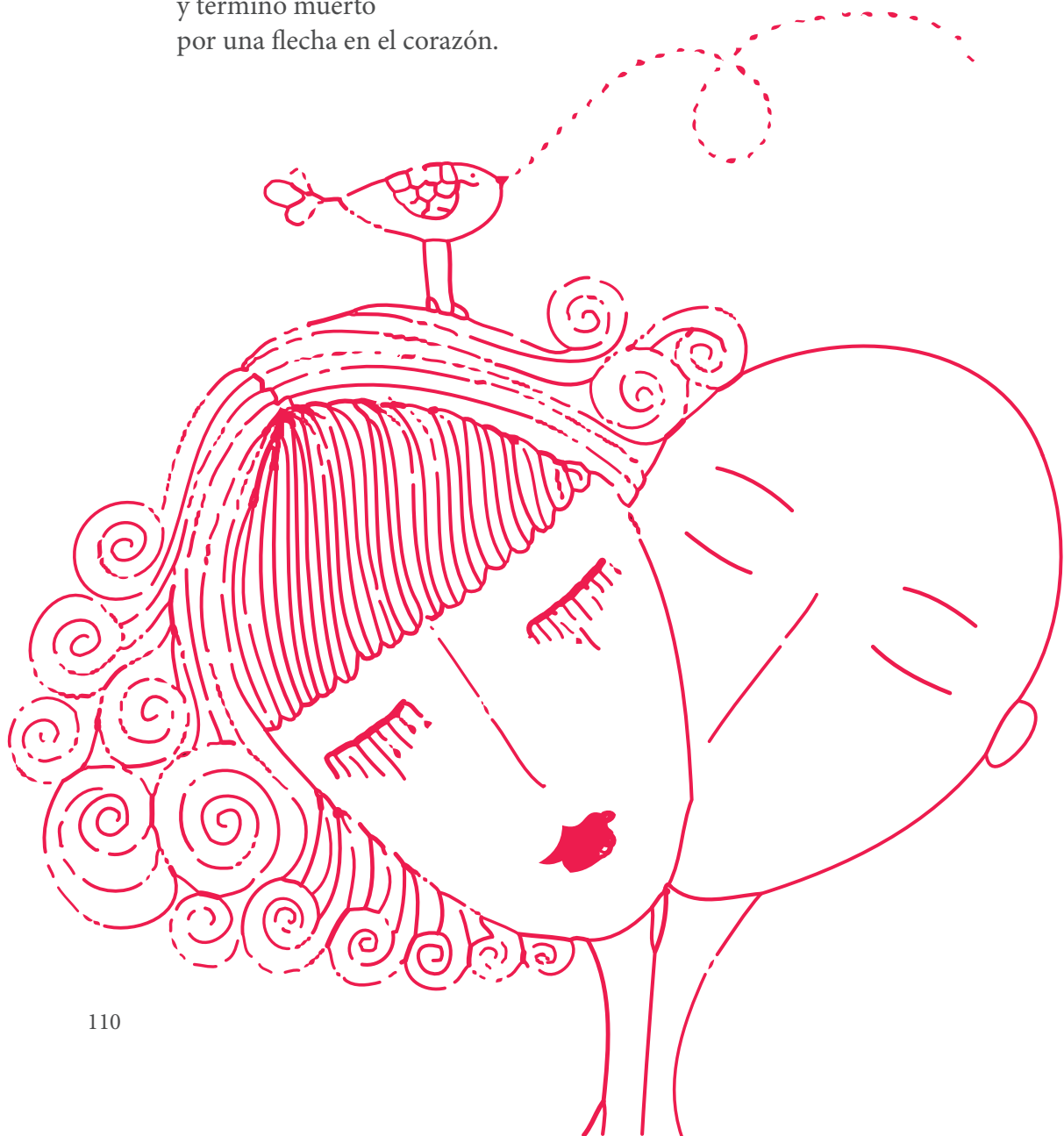
Enamorado

Diego Castro Gutiérrez

Preparatoria 15

Luvina Joven 66

Él no creía en el amor.
Se encontró con ella
y terminó muerto
por una flecha en el corazón.



Luna

En esta noche no hay Luna,
ya es tarde y no puedo dormir,
en mi cuerpo hay una terrible pesadez,
un cansancio abrumador se extiende dentro de mi ser,
pero aun así no puedo dormir.
No puedo conciliar el sueño...
No logro pegar mis párpados
por esas pesadillas,
esos demonios oriundos de mi imaginación,
vástagos de un ser que siempre me acompaña.
Si cierro mis ojos, los veré frente a mí
riéndose a carcajadas, ¡de mí!
¿Cuándo decidiste que era tiempo de apagar la luz?
Ahora entre sombras escribo
iluminado...
¿Por quién? ¿Por la Luna?
La Luna se fue y no volverá,
dejó contigo sólo demonios encarnados en tu alma.
¡Oh! Luna, ¿por qué te fuiste?
¿Quién te llevó?
¿Acaso el Sol te secuestró?
¿Por qué me dejaste solo en la penumbra con estas luctuosas bestias
sombrías?
Ahora de ningún modo podré dormir,
de ninguna manera podré descansar en paz.
Solo iré caminando
de un lado a otro,
destrozado y sollozando,
derramando marismas en mi rostro.

Tengo ganas de tener de nuevo un sueño, pero
¡ya no más!
Esas pesadillas en que
desciendes hacia mí, Luna,
y con amor y dolor
acaricio tu blanca superficie,
no eran más que presagios sangrientos.
No los vislumbré sino hasta que desangrado estuve.
Demonios míos, váyanse.
Estruendos sonoros,
ominosas visiones,
sabores amargos,
olores putrefactos,
pluma amiga.
Y tú, Luna antigua,
déjame descansar.



Hiram Agustín Acevedo López
Preparatoria 7
Luvina Joven 66

★ ★ ★

Sharon Marilyn Navarro Sandoval

Preparatoria 12

Luvina Joven 67

Ahí estaba yo, junto con todos mis compañeros del taller de escritura, leyendo un documento de Julio Cortázar, cuando de pronto se abrió bruscamente la puerta del salón, dejando pasar una rara neblina rojiza. El ambiente estaba más oscuro de lo normal, los libros y estantes se derretían cual vela encendida y en el suelo empezaba a formarse un pozo que parecía muy profundo.

Aunque ese escenario parecía algo inusual, todos estaban sentados atentos a la lectura, como si fingieran no percatarse de lo que ocurría.

Debo aceptar que me dio una gran curiosidad saber qué era lo que ocurría en ese momento, así que me levanté de la silla donde estaba sentada y comencé a caminar hacia el enorme pozo, me asomé para ver si acaso ocurría algo raro dentro, me agaché un poco (lo que fue un grave error), de pronto resbale, y mientras caía miraba hacia el redor, extrañada de lo que mis ojos captaban. Era como si estuviese cayendo en el espacio exterior, o más bien dicho, sobre un cielo que poco a poco se tornaba de colores, asemejándose a una aurora boreal.

Cuando pensé que seguiría cayendo en el pozo, solo bastó un simple pestañeo para estar de nuevo en el salón de lectura. Todo seguía igual, pero esta vez el pozo había desaparecido.

Un tanto aterrada por la experiencia vivida, decidí dirigirme a la silla donde desde un principio había tomado asiento, y me dispuse a continuar con la lectura que todos leían.

Las cosas no regresaban a la normalidad y, cuando pensé que lo peor ya había pasado, la neblina rodeó por completo el salón: estaba sobre las sillas, las mesas, las paredes, las ventanas, los estantes y los libros ya completamente desechos, formando charcos bajo la neblina

De pronto esta neblina invadió por completo a cada una de las personas que se encontraban en el lugar, haciéndolas desaparecer lentamente.

Era ya demasiado, estaba verdaderamente aterrorizada, así que me dispuse a salir de clase, me dirigí a la puerta y, al abrirla, me percaté de que no estaba en el mismo lugar, ya no estaban ni los salones, ni los pasillo de la prepa, ya no estaba la prepa misma, y parecía hallarme en un doceavo piso, asomada por un balcón de cuarto de hotel o por la ventana de un edificio; miraba hacia abajo, la calle estaba a tal vez kilómetros de distancia, no pasaban autos ni personas, parecía estar todo deshabitado. Miraba hacia arriba y lo único que podía ver era un profundo cielo oscuro. A la derecha, al igual que a la izquierda, no había nada más que pared, sólo el balcón o ventana desde donde yo estaba mirando el panorama.

Pensé que seguía dormida, así que, como es mi costumbre, pellizqué mi brazo, sin que pasara algo.

Al recordar todo lo que había hecho desde la mañana, era claro que no había sido un sueño, eso sería imposible.

Me percaté de que mi piel se veía algo extraña, como si fuera una proyección de video.

Pero tras un breve pestañeo nuevamente todo regresó a la normalidad, estaba ya todo perfectamente bien. Me tranquilicé al darme cuenta de esto. Habían pasado ya dos horas y se había terminado la clase.

Decidí preguntar a los demás compañeros si habían experimentado dicho escenario perturbador. Ninguno dijo otra cosa más que:

—¡No! ¡Qué extraño!

Así que mi mente me había jugado una mala pasada.

Al salir del taller les pregunté a Martha y Érika si ellas me creían, a lo que respondieron:

—¡Sí, claro! –en forma sarcástica.

Esmeralda

Que tu canción me coja las piernas,
los muslos y los ojos.
Canalla sea tu carne morena
que sólo amenaza al poeta
sin el pudor de los versos
y la pasión de tu morbo.
Que tus pechos de puta
te reprochen la muerte.
Que tus pechos de niña
te reprochen la vida.
Que corras rendida
a lo que no has visto,
porque tan malditas son tus dudas
como maldito es el olvido.
Y si yo no entiendo cómo debo quererte,
debo decir que prefiero no me quieras,
pues si tú prefieres que te quiera
entonces yo prefiero la muerte.

Mariana Rubio Gómez
Preparatoria 12
Luvina Joven 67



Mirarte mirarte mirando,
observar detalladamente,
tu ahí sentado, a cuatro árboles de distancia
volteas y me miras
sostienes la mirada
me convierto paulatinamente
en una ilurrealista
viajero inalcanzable de tu belleza perpetua
me sumerjo entonces en esta multisoledad
deseando pedirte que te vuelvas por siempre
mi luzcuridad

Martha Leticia Velasco Zaragoza
Preparatoria 12
Luvina Joven 67

Loción nocturna

Michelle Mora Martínez

Preparatoria 12

Luvina Joven 67

Mi luz hacia el horizonte te observó, mirándome a oscuras, sin verme realmente, mi aura, tu guía, me miras con tu olfato, me hablas con tu olfato, me escuchas con tu olfato.

Sólo faltan unas palabras tuyas para entender tu estado negro, tu estado sombrío, tu estado oscuro.

Aroma, mi aroma perseguido por un bulto gris, un bulto que aspira olores, olores penetrantes en tu nariz, y la nariz cubierta de polvo, el polvo se mezcla con el humo y tú te identificas con él.

La soledad de tus pasos por el suspiro de tu fragancia, el ambiente obsesivo de mi cuerpo, que reconoces a distancia, tú eres el dueño de mis secretos sin ni siquiera escucharlos, eres el dueño de mis pasos sin ni siquiera mirarlos.

¡Shh! Silencio, que la terquedad de tus pasos me presiona: silencio, que mi soledad en un instante se evapora; silencio, silencio incoloro, silencio opaco, silencio nocturno.

No olvido

Zazil Leticia González Briseño

Preparatoria 7

Luvina Joven 67

Hoy la justicia se quedó ciega, la veo del otro lado de la fosa, silenciosa e ignorante. Yo estoy del otro lado, como los otros cuerpos, soy uno con ellos, no tengo voz ni memoria. Aspiro otra vez el olor a sueños cercenados y, aunque exhalo, el desconsuelo queda aprisionado en mi pecho.

¿Cómo sucedió? Los gritos de la gente, el impacto de las voces contra el suelo, la libertad que caía con el vientre despedazado. Abrieron fuego y el miedo comenzó a regarse en cada disparo, vi la muerte detrás de nosotros, venía disfrazada de halcón, de ave sedienta de sangre.

Uno a uno, los cuerpos cayeron y con ellos cayeron también ideales con dueño que nunca había visto. Observé impotente cómo se doblaba la inocencia en un espasmo de dolor. El lugar se tiñó todo de rojo. Los que aún quedaban se cubrían con los cuerpos de los que seguían allí pero ya se habían ido.

No supe cuántos lograron vivir. Deseé gritar algo que todos hubieran querido decir, pero que tantas balas silenciaron. El temor al olvido me hundió en la agonía, no quería que todo quedara como unas cuantas líneas más en libros viejos.

Muchos años después, despierto en el mismo lugar, quiero moverme, hablar, pero no hay remedio... estoy muerto. Ellos borraron mi nombre de mi boca, pero no me borraron del recuerdo.

Mañana quizá seré olvidado, pero yo, Dos de Octubre, no olvido.

Tirarse al vacío

Juan Pablo Manríquez Varon

Preparatoria 12

Luvina Joven 67

Estos anuncios pueden considerarse, de mi parte, un acto de desesperación, inclusive una locura, pero no encuentro otra forma de conseguir lo que necesito. Necesito que me lean.

* Héctor Belascoarán Shayne. Detective, soltero, terco, curioso, fumador compulsivo y adicto a la coca-cola. Busca lectores capaces de sorprenderse por mi incapacidad de deducir rápida y acertadamente mis casos no alejados de la estúpida y rarísima realidad. Interesados acudir a los textos en los que mi autor me menciona.

* Colonia Roma de los años cuarenta busca a María, mujer de 28 años con un hijo llamado Jim, y a Carlos, niño de 8 años, para dramatizar historia de amor imposible.

* Comala. Pueblo de calles empedradas y fantasmales casas solicita personajes, padre e hijo, para protagonizar una fascinante historia que se desarrollará entre los muros y los murmullos del mismo pueblo. Interesados acudir ahí.

* Cambio autor ex convicto, fumador de mariguana y generador de la literatura de la Onda, por uno menos ondeado. Interesados comunicarse con Gabriel Guía.

* Adulto nombrado Carlos busca lector que le ayude a enamorarse de nuevo. Interesados leer *Las batallas en el desierto*.

* Tortuga con manchas en su caparazón de carey, busca filósofo que desee ver en ellas la condena que le prepara su destino. Interesados acudir a la orilla del arrollo.

* Atención, escritores, busco qué leer.

Maravillosamente increíble

Janeth Alejandra Ortega Varo

Preparatoria 12

Luvina Joven 67

Una, dos, tres. Lágrimas caían sin ningún ruido. Tan tibias y delicadas en mi piel una a una las sentía.

Mis ojos húmedos no me permitían percibir otra cosa más que mi propia tristeza. Mis sollozos aumentaban con el latido de mi corazón, cada vez más rápido. Tanto que sentía al acecho un gran diluvio que nadie detendría.

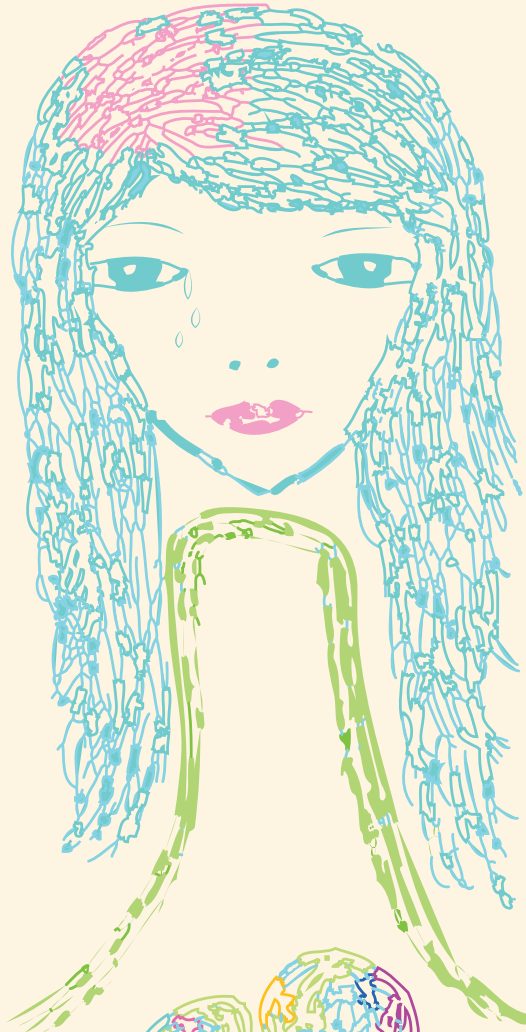
Las ligeras gotas que resbalaban por mis mejillas contaban aquella historia de dolor que me invadía. Podía sentir su recorrido suave y lento, pero por más que limpiaba estas pequeñas tristezas, viejas se volvían al instante, dejando el camino libre a otras nuevas que empezaban a nacer.

Sentía algo inexplicable, ya que no podía verme en este estado pero sí podía mirar mis manos temblorosas que limpiaban mi rostro una y otra vez sin caso alguno, porque en nada me tranquilizaba ni ahuyentaba aquel grito de desilusión que surgía de mi corazón.

No había forma alguna de consuelo, no había nada ni nadie. Sólo yo enfrentándome a mí misma y a mi lago de llanto. Lago en el que tarde o temprano perecería.

Lo sentía tan inexplicablemente real pero maravillosamente increíble. De ambas sensaciones existía un poco. Llegué a darme por vencida y obligarme a vivir así por el resto de mi vida. Ya no tenía fuerzas y mi lucha estaba perdida.

Cuando por fin me liberé, abrí los ojos. Sentía mojados los párpados y húmedas y delicadamente calientes las mejillas. Una, dos, tres. Lágrimas que de nuevo volvía a ver caer.





Selección IV

I Concurso Literario Luvina Joven, 2011

Si las paredes del salón hablaran...*

La compañera silenciosa
lanza al aire su sentir
acallada ha estado en cada segundo
entre recovecos empolvados de suplicios
y ventanas con la vista al triunfo.
¡Las paredes del aula han gritado!
una algarabía de emociones
se forja en medio del vacío
un viento ligero baila en cada horizonte
revoloteando entre ramajes de ensueños
lágrimas perdidas y ríos de eternos desvelos.
Cantan a coro los cuatro muros antes silentes
voces que deleitan a los sueños exiliados
melodía que revive la muerte de cada sentir.
Y las metas danzan al compás de la pieza del esfuerzo
mientras se siente una fresca brisa que grita:
“¡No me he de rendir!”
Se despide un sensible ulular de cada recodo
imágenes sepultadas de un camino olvidado
y en cada suspiro se siente el clamor
de las dulces paredes que nadie ha escuchado
que expresan a coro un gran recorrido
el viaje desdeñado de un joven alumno
que va aventurado forjando un destino.

* *Poema ganador del I Concurso Literario Luvina Joven*

Gabriela Anaya García
Preparatoria Regional de El Salto
Luvina Joven 67

La noche, a orillas de la Alameda

Andrea Jaqueline Juárez Moreno

Preparatoria 4

Luvina Joven 67

UNA NOCHE, luego de una tarde lluviosa, un viejo fue a sentarse en una de las bancas de la Alameda. La banca estaba mojada y tenía los travesaños fríos, pero el hombre la secó con un pañuelo y puso luego un periódico antes de ocuparla. Fingió —fingió para sí mismo— que miraba distraídamente el chorro de las fuentes. Pero la verdad es que miraba intensamente y con temor. Miraba a los maleantes que se adentraban al interior del parque, a los chichifitos que se guarecían debajo de los árboles, a las prostitutas silenciosas, a las locas que iban y venían. Unas que pasaron cerca de él, dijeron: «Mírala, carne de panteón en día de fiesta». Sin bajar la voz, sin compasión: «Qué bárbara la abuelita: viene por la nata de su bolillo».

El viejo observó con horror fascinado el descaro y el violento trajín de las locas. Crispadas, en manadas rabiosas, recorrían el parque ante el estupor de los transeúntes, riéndose sin cesar, jugando cosas frenéticas y yéndose sobre los hombres que pasaban, como una manada que cerca a su víctima con palabras gruesas. Qué talento para la obscenidad. A veces uno de esos hombres se detenía y las amenazaba, pero ellas soltaban la carcajada y arreciaban el ataque.

El hombre tocó el bulto en su chamarra de gamuza suave y rechinante, como si casualmente tuviera un sobre y no un fajo de billetes y cheques al portador, además de la escritura de un inmueble.

Una prostituta con calambres se sacó las zapatillas junto a un contenedor de basura maloliente y arrugó la nariz. El hombre no estaba seguro de si el gesto de ella era por el olor de los desechos o el de su pie. Las articulaciones de las piernas de ella crujían cuando pisaba el suelo frío o daba saltitos para esquivar los charcos al pasar frente a él. “Se va a enfermar”, le dijo el hombre. Pero la Calambres, como la llamó en su mente, sólo se encogió de hombros, restándole importancia, y

se flexionó hasta que las puntas de sus pies y manos se tocaron. Ella estaba en plena contemplación cuando las locas le gritaron:

—¡Eh, vieja guanga, póngase a talonear! —la muchacha resopló y volvió a calzarse.

El estómago del hombre gruñó. Era hora de irse. No había comido desde que salió del despacho del abogado. Caminó hasta encontrarse con tres viene-viene de entre quince y dieciséis años que cuidaban coches en un estacionamiento. “Deberían estar en casa estudiando para algún examen”, se dijo a modo de reclamo. Enrolló los billetes que había sacado para pagar su comida, mientras que dos de los tres muchachos platicaban con el dueño de un auto, se reían y bromeaban. Pero el tercero ni siquiera los miraba, jugaba con su jerga, la estiraba y enroscaba, tiraba golpes a la nada. El hombre se acercó. Dudó en hacerle el regalo, no por su sonrisa perfecta o por su piel blanca e inmaculada, ni siquiera fue su finísima nariz casi sobrehumana que lo alteró. Al principio pensó que eran lunares las marcas que tenía en el pliegue interior del codo. Sin embargo, cuando el muchacho dejó su trapo en el balde y las vio mejor, notó la perturbadora diferencia entre marcas de nacimiento y de las que deja la adicción.

—¿Qué se le ofrece, jefe? —el muchacho notó la inquietud del hombre y deslizó la manga de su sudadera hasta la muñeca, con incomodidad.

—¿Sabes dónde venden algo para cenar? —aunque él sabía dónde.

Después de que el muchacho le indicó dónde había un puesto de tacos, él dejó caer el rollito en la bolsa del pantalón y se fue. Pudo sentir la mirada azul del chico en su espalda. “¿Cómo se habrá echado a perder? Las malas amistades, seguro.” La imagen se le había fijado tan bien que no se dio cuenta cuándo llegó al edificio. En cuanto entró, sin saber por qué, se paró frente al pizarrón de corcho, algo ahí lo llamaba: “SALVAR VIDAS”, resaltaban las letras rojas. Quitó algunas tachuelas y dejó caer la propaganda. “TÚ PUEDES SALVAR VIDAS DESPUÉS DE TU VIDA; CONVIÉRTETE EN DONADOR.” Entonces supo lo que debía hacer y subió volando las escaleras.

Después de firmar su tarjeta de donador y ponerla en su cartera, salió. Ya en su departamento, sacó su mejor traje, lo puso sobre la cama y se fue directo a la regadera. Metió una mano para ver qué tan tibia estaba el agua, aunque quedaba claro que, si por lo menos se le tibiara

otra cosa, no estaría solo. Al estar totalmente mojado, algo empezó a emerger de él, de su piel empezaron a brotar cosas que tenía bien guardadas, afectos que no había vuelto a sentir desde hacía tiempo u que se le escurrieron por todo el cuerpo, lo tocaron por completo todas las manos, aunque desviaba algunas para que no fueran a parar ahí, y a otras las dejaba seguir su curso, como el último beso de su novia Sara, tan limpia y casta, toda ella una puritana. Quién iba a pensar que un día terminaría besándolo allí donde él es hombre, como ella decía. Qué recuerdos.... Algunos abrazos se atoraban en sus tobillos y tenía que sacudírselos igual que los saludos de mano que tintineaban en las yemas de sus dedos y luego lo soltaban para estrellarse contra el azulejo. Lo único que le quedó fue un beso de su madre; se lo quitó de la frente y lo vio navegar hasta la coladera.

—¿Qué quería el don?

—Comer –contestó el muchacho, aún mirando en la dirección en que había desaparecido el hombre.

—¡Comer ésta! –dijo uno de sus amigos, agarrándose la entrepierna—. Ya, no mames, ¿qué te dijo? –insistió el muchacho.

—No lo sé. Me tengo que ir –se acercó al árbol de la jardinera en la banqueta y bajó su patineta, que estaba atorada entre las ramas. La puso en el asfalto y comenzó a deslizarse tan rápido como pudo, a pesar de que sus amigos le gritaron que volviera.

—¡La cagaste, ¿eh?! Segurito lo corren por irse sin avisar.

—Pues también nosotros deberíamos irnos. Tráete las cosas –comenzó a vaciar cubetas.

—Ey, este wey dejó su desta y trae adentro la cosa esa que se mete —dijo el otro chico, cargando tres mochilas.

—Insulina, pendejo, se llama insulina.

El hombre hablaba mucho, y ella con tremendos calambres. ¡Carajo!, antes los tipos iban a lo que iban y ya. Ahora no nada más sus viejas no les daban, sino que tampoco los escuchaban. Espera, ¿qué dijo? Ah, que era abogado. Pero no se enteró de otra cosa porque su mente quedó en blanco por el resplandor del ángel que hizo que el auto se detuviera.

Vio el resplandor cuando ninguna parte de su cuerpo era capaz de moverse, la patineta se había detenido pero él seguía arriba, sudaba pero sentía un frío que le calaba hasta los huesos, y al parecer su corazón también, porque se detuvo, se rindió. Entonces, el muchacho cerró los ojos cuando el cielo y el suelo comenzaron a ceder.

En el momento en que tuvo el revólver en la sien, no le quedaba duda. Lo único que corroboró fue la puerta abierta y la tarjeta en su cartera. Sería muy estúpido posponerlo más, así que jaló el gatillo con fuerza. Su cuerpo cayó pesadamente sobre el colchón, con las extremidades extendidas y la cabeza mirando el techo cuarteado y resanado por recomendación de su madre. “Ni en la muerte me dejas, mamá.” Un líquido caliente le escurrió hasta la oreja, pero no sintió ni cosquillas. “Qué idiota, gente como yo no debería morir. Soy bueno, o era bueno, tenía un trabajo, hacía algo...” El líquido se volvió más abundante y empezó a mojar la sábana. “La Calambres, ésa sí se merecía algo así, o el del estacionamiento, él debería estar aquí, no yo.” Quiso parpadear, pero sintió una rigidez que no se lo permitía. Escuchó voces: “¡Está muerto!”. Qué rápido se habían dado cuenta, entonces todo había funcionado, no había sentido dolor. Más gritos y llantos. “Soy un idiota”, se asustó al escuchar su propia voz. “Imbécil, jodidamene imbécil.” Si alguna vez le daban otra oportunidad se aseguraría de comprar balas. Se levantó, los gritos venían de afuera.

**Cuento ganador del I Concurso Literario Luvina Joven, 2011. El título y los primeros párrafos corresponden al cuento de Juan Carlos Bautista publicado en la revista Luvina núm. 62.*

Ser estudiante de preparatoria*

Fernanda Ponce Chávez

Preparatoria 7

Luvina Joven 67

Ciento treinta losetas son las que tiene cada pared de mi salón; en total suman 520. Losetas que alguna vez fueron blancas, pero ahora a eso que tienen ya ni color se le puede llamar, algo entre amarillo y gris, para mí, deprimente. Se tiñeron como se tiñen las paredes de la calle por el esmog de los automóviles. 520 guardianes cuidan esto que algunas veces es un calabozo y otras un recinto de paz. 520 losetas me encierran y privan de mi libertad en mis largas y aburridas clases de matemáticas o física, o me protegen de un mundo hostil e ignorante en mis clases de psicología y español, me ayudan a adentrarme en mi mente, a sumergirme en mis pensamientos cual agua de cascada, de esa que refresca y que cuando toca tu piel sientes que vuelves a nacer. Al salir de clases me dirijo a la biblioteca o a un lugarcito que queda enfrente de mi prepa en donde puedes desayunar y escuchar buena música, un lugarcito que todavía huele a mucha libertad.

En mi camino veo a muchas personas, la mayoría de las mujeres van bien maquilladas, con zapatos de esos que mi primita dice que son para bailar tap, y con cabelleras largas: una apariencia sublime; y al pasar a su lado no puedo evitar escuchar un poco de sus conversaciones, algo... vacías, ésa es la palabra. Aunque en realidad quién soy yo para decidir qué es lo vacío y qué no lo es.

Éste, señores, es el primer problema de ser un estudiante de preparatoria (o, en otras palabras, un “adolescente”). Los adultos, por lo general, creen que la edad no te da derecho a tener problemas verdaderos, que todos nuestros problemas giran alrededor de puras banalidades, no tenemos ni el más mínimo derecho a tener problemas existenciales y llorar a moco tendido por éstos. Pero la verdad es que no todos los “adolescentes” (odio esta palabra) tienen estos problemas existenciales; muchos, al parecer, no piensan en las cosas que yo pienso, ni les interesan, lo cual a mí se me hace muy raro, pero, como ellos son

mayoría, entonces creo que la rara soy yo. Y ése es el problema número 2: el querer conocer el verdadero yo de las personas, su esencia, lo que hay en su mente; eso no te convierte en un pensador, ni tampoco en un filósofo; te convierte en un loco. Así es, un loco, y no sólo para los adultos, también para los jóvenes, tu generación, tu gente.

Pero yo ya me acostumbré, paso los días imaginando el futuro, planeándolo, estoy consciente de que para cosechar mucho hay que esforzarse sembrando y cuidando tus semillas. Y creo que ésta es la diferencia entre un estudiante y un individuo que simplemente va a la escuela a pasar el rato, con la mente en blanco, al igual que sus cuadernos. No soy una alumna brillante, de hecho, me distraigo bastante; en las clases, cuando menos me doy cuenta, mi mente ya está divagando una vez más, imaginando locuras, bailes, otros mundos, otras vidas, abismos en las líneas del piso... A lo que voy es a que me considero una estudiante porque lo que quiero no es tener las mejores notas -aunque a mis padres les molesta y yo trato de obtener un 100 de vez en cuando-, sino lo que en verdad me interesa, la mayoría de las veces, es aprender, enriquecer mi mente, porque yo creo que lo que aprendemos nos transporta a miles de lugares y nos convierte en millones de personas: un día puedo ser Porfirio Díaz y al día siguiente ser Sigmund Freud.

Para mí, todo esto es ser estudiante de preparatoria.

**Ensayo ganador del I Concurso Literario Luvina Joven.*



Selección V

II Concurso Literario Luvina Joven, 2012

★ ★ ★ ★

Juan Carlos López Martínez

Preparatoria 12

Luvina Joven 67

Tic-tac suena el antiguo reloj de péndulo

Tic-toc me enloquece

Tic-tac otro segundo

minuto

hora

muere

víctima de la estúpida necesidad humana de controlar todo

Tic-tac nace un niño

Tic-toc roban un banco

Tic-tac una célula se divide

Tic-toc una neurona muere

¿Y yo? Yo sigo aquí,

cambiando mi estado

a placer de mis radicales libres,

y mientras cada suspiro me mate

y me dé la vida al mismo tiempo,

volveré a pensar

en lo contradictoria

mente

lógica

que es la historia

del ser humano

**Poema ganador del Primer Lugar en el II Concurso Literario Luvina Joven, 2012, categoría Luvina Joven.*



Ése debería ser yo*

Emilia Gabriela Cervantes Lechuga

Preparatoria de Tonalá

Luvina Joven 67

Ahí está ella, sentada en el último peldaño de las escaleras del porche de su casa. Una suave brisa hace que sus cabellos se alboroten y cubran su rostro, la veo reír y luchar contra ellos, tratando de que se queden en su lugar, y no lográndolo del todo, decide rendirse. Veo cómo cierra sus ojos y permite que la brisa le dé en el rostro, aquel hermoso y delicado rostro que se niega a abandonar mi mente, tan atrayente y al mismo tiempo dañino; ese rostro que no me deja dormir por las noches o concentrarme en otra cosa que no sea en él; esos ojos, esos ojos que son mi locura, y esos labios, mi total perdición. Toda ella tan sencilla y hermosa, tan ajena a mí.

Estoy en mi habitación, pegado a mi telescopio, y no precisamente mirando estrellas o algún universo vecino; la observo a ella: sus mejillas sonrojadas, su ceño levemente fruncido, una de sus manos está escondida en aquel enorme suéter de franjas verdes que probablemente sea de su hermano, mientras que la otra con un plumón raya la parte delantera de su converse; no puedo evitar sonreír. Recuerdo la primera vez que la vi:

“No es nuevo eso de que suban músicos al camión, que toquen o canten una o dos piezas y que pidan «una cooperación». Es más: por razones sentimentales, yo solía darles una moneda a los que tenían cara de hippies y tocaban a Sabina o Delgadillo. Pero el asunto comenzó a complicarse cuando...”, leía en voz baja, sólo para mí, cuando un sonido proveniente de afuera hizo que mi curiosidad se abriera camino; cerré mi libro y me dirigí a la ventana: un camión de mudanzas, varios hombres yendo y viniendo... Pero no fue eso lo que captó mi atención, fue ella, aquella chica de cabellos castaños con brillos rojizos al sol. Algo dentro de mí cambió.

Desde entonces no hay día en que no la observe como un completo acosador, un enfermo total, pero es inevitable, porque aunque me proponga mil veces no mirarla de nuevo, mi voluntad queda hecha

pedazos en cuanto escucho su puerta cerrarse. Soy un cobarde, lo acepto, en estos meses debía haberle hablado como buen vecino, pero es tanto mi nerviosismo que me es imposible. Cuando escucho el sonido de un timbre, mi corazón se detiene y es imposible no sentir aquella punzada de dolor justo en el lado izquierdo de mi pecho. Él llegó, aquel patético chico que hace un mes no hace más que atormentarme la vida; escucho un saludo y veo cómo ella lo abraza; siento que mi corazón comienza a debilitarse. Soy masoquista: debería apartarme, alejarme de este lugar y dedicarme a cualquier otra actividad que solía hacer antes de conocerla, pero me es imposible, porque mientras veo cómo ella le sonríe, lo único que puedo ser capaz de pensar o imaginar es que... ése debería ser yo

Yo debería ser al que ella le sonríe, no él, ese chico de falsas intenciones, que ni siquiera la conoce; él no sabe que ella es amante de la música clásica, que por las tardes pone ese disco de rock ochentero y baila, él no sabe que detrás de aquella hermosa sonrisa a veces hay lágrimas, o que su libro favorito está tan desgastado que las hojas van por desprendérsele por completo... Él no lo sabe; yo sí. Yo que sin necesidad de cruzar palabra conozco partes de ella y en silencio la amo. Es tan incomprendible, pero es lo que siento, soy tan patético, veo cómo él toma su mano y... ¡Demonios! Ése debería ser yo. Las horas pasan y él sigue ahí, platicando de un aburrido partido, puedo ver cómo ella finge prestarle atención, ella es tan buena. Mi mente divaga pensando en cómo sería estar tan cerca de ella como él lo está: estaría temblando y probablemente balbucearía como un idiota, pero valdría la pena. Mi mente sigue torturándome con más escenarios donde ella es la protagonista. Mi corazón agoniza con cada imagen, ya no puedo ocultar que duele verle con otro cuando debería ser yo el que le diera rosas. Su hermosa voz pronuncia un “hasta luego”, ahora puedo respirar con tranquilidad, aquel insolente chiquillo está por alejarse del amor de mi vida. ¡Dios!, cada día estoy peor. Y entonces lo noto, aquel acercamiento... ¡Vamos, soy hombre! Ese cretino intenta besarla. Involuntariamente mis puños se cierran y veo todo rojo por la furia que me llega de golpe; no puedo evitar maldecir y odiarme a mí mismo por ser un cobarde. Y llega el miedo, aquel miedo de que ella le corresponda, de que sus finos labios, los cuales por meses me

estuve preguntando cómo se sentirían sobre los míos, ahora fueran probados por otro. Quiero apartar la vista, pero mi cuerpo no reacciona por más suplicas que le hago; el tiempo avanza lentamente, mi corazón se debilita con cada acercamiento de aquel chico, esperando el momento en el que todas mis ilusiones se hagan pedazos en cuanto aquel afortunado chico la bese. Pero ella se aparta y un rayo de esperanza ilumina mi habitación, a la vez que una sonrisa boba comienza a aparecer en mi rostro ¡Ella lo rechazó! Quiero bailar y gritar en ese momento, mi sonrisa es tan grande que me duelen las mejillas. Ella le sonríe avergonzada. Él se limita a encogerse de hombros y se marcha. Dejo que la nube me eleve alto. Cling. La nube se desvanece y caigo, mi mente se vuelve loca, ¿Por qué lo rechazó? ¿Por algún otro? Y si es así, ¿por quién? Mi respiración se vuelve errática, mis manos jalan y alborotan con fuerza mi cabello, ella está interesada en alguien más, no puedo vivir con esa idea, suelto un grito ahogado. ¿Por qué? ¿Por qué tuve que haberme fijado en ella habiendo tantas? ¿Por qué ella? Mi mente está tratando de encontrar una respuesta, una salida...

—¿Por fin decidiste dejar el telescopio?

Una voz interrumpe mi monólogo interno, me recorre un escalofrío al saber de quién es esa melodiosa voz. Miro en derredor mío, estoy a escasos metros de ella, me tiemblan las piernas y me sonrojo. Ella lo sabe, sabe que diariamente la observo. Me regala una sonrisa, que me deslumbra por completo.

—Sabes, debería darme miedo. —Trato de decir algo pero ella me interrumpe—. Eso de que me espíes... debería estar asustada. —No puedo evitar reírme.

—Tienes a tu acosador personal enfrente de ti. ¿Estas asustada? —Me sorprendo a mí mismo, no he balbuceado ni tartamudeado. Ella se sonroja, lo que la hace ver adorable.

—Lo estoy, en cualquier momento gritaré pidiendo ayuda. —No me doy cuenta, ella se acerca a mí—. ¿Sabes qué más estoy?

Mis manos tiemblan y trago saliva con fuerza. Lo nota, su sonrisa ahora es burlona, lo hace a propósito, ella sabe que me pone nervioso, pero lo que no sabe es que ahora es mi turno. Me acerco más, ahora el metro que nos separaba se convierte en escasos centímetros, veo cómo sus ojos se agrandan y sus mejillas enrojecen.

—¿Qué? —Ella trata de recuperar su postura, mientras que yo intento no reírme.

—Me halaga, y eso es lo que más me aterra. —Ambos estamos muy cerca, lo suficientemente cerca como para contemplar el brillo de esos ojos marrones que se encienden como si fueran fuegos artificiales, pero sobre todo esos labios entreabiertos.

—Eso es bueno. —Ya no hay distancia, la beso, y me vuelvo loco, su aroma embriagador se mezcla con el mío, nuestros labios se amoldan perfectamente, como dos piezas de rompecabezas destinadas a embonar juntas, ambos nos propiciamos suaves y delicados roces. No quiero parar, sus manos juegan con mi pelo, jalando y enredándolo en sus finos dedos ¡Ella será la causante de que me encierren en un manicomio! Mis manos se han apoderado de su fina cintura, me niego rotundamente a soltarla. Ella es mía.

—¿Y ahora cómo te sientes? —Le pregunto, tratando de que mi corazón se calme.

—Es un hecho, llamaré a la policía. —Nuestras frentes se juntan y nuestros ojos se cierran, tratando de que este momento no se disuelva. Abro lo ojos y ella desaparece: sigo en mi habitación, observando desde mi telescopio, me doy cuenta de que al que besa no es a mí, sino a él, y duele, duele mucho, mi corazón se agrieta, lenta y dolorosamente comienza a quebrarse. ¿Cómo es posible que te duela perder a alguien que jamás fue tuyo? ¿Por qué mi corazón duele? ¿Por qué se está quebrando? Se supone que el corazón es un músculo que bombea la sangre a través del cuerpo, y que las emociones están vinculadas con el cerebro ¿Por qué entonces ese palpitante dolor en el lado izquierdo lo está consumiendo? Masoquista, masoquista una y mil veces. Desvié la mirada, todo estaba perdido.

—Ése debería ser yo —no pude evitar decirlo.

**Cuento ganador del Primer Lugar en el II Concurso Literario Luvina Joven, categoría Luvina Joven.*



Poesía irrefutable*

Abraham Espadas Gómez

Centro Universitario de Ciencias Biológicas y Agropecuarias (CUCBA)

Luvina Joven 67

Te escribo poemas porque me llegan las ganas de pensar en ti. Te escribo porque ahora mismo no tengo capital que patrocine mis acciones, y porque sé que mis palabras no me cuestan nada.

No te escribo para ser ligero, ni para promoverme tratados de estabilidad.

Te escribo poemas de alto rendimiento para que te asfixien, te deshidraten.

Te escribo poemas que te falten al respeto, que te perturben, te profanen.

Te escribo poemas con mi mano izquierda para no escribir perfecto flor perenne vino amargo bestia maga puta dama. Te escribo mis poemas con ganas de poder leértelos aquí.

Te escribo a ti poemas con mis ojos cerrados y con un suspiro largo.

Te escribo para hacerte llorar, te escribo para jalarte, para rasgar tus senos; te escribo para colocarte dudas con mis palabras, para tantear la situación y saber entrar; te escribo para cerrar tus ojos, te escribo para lamer tu luz, para lastimarte, para conquistarte, para saborearte, para penetrarte.

Te escribo poemas porque la poesía que tú me inspiras es irrefutable, porque no nos deja caer, porque avanza y avanza hasta que te encuentra.

Te escribo poemas porque de esa forma te mantengo viva.

**Poema ganador del Primer Lugar en el II Concurso Literario Luvina Joven, 2012. Categoría Luvinaria.*

Entre cumbias, guacamayas y otros males*

Abril González Romero

Centro Universitario de Ciencias de la Salud

Luvina Joven 67

Hubo una temporada curiosa de mi vida en la que la gente en general me parecía poco tolerable. Yo la denominaba como periodo de soledad para la introspección y reflexión orientada al crecimiento personal, los demás simplemente lo interpretaban como amargura posrompimiento. Fuere cual fuere la razón, en aquellos días prefería alejarme de todos, de mis amigos, de la familia, de las muchedumbres, pero, sobre todo, sentía aversión por las parejas.

Los noviecillos acaramelados me alteraban los nervios, si los miraba fijamente podía verlos transformarse, primero en siameses unidos de la cadera, luego en un monstruo de dos cabezas, hasta que finalmente se convertían en una sola masa homogénea, algo así como Flubber, pero menos simpático y más pegajoso.

Para escapar de mis alucinaciones, con gusto me habría ido a vivir a una cabaña solitaria en el bosque, pero mi neurosis me hacía necesitar la ciudad. Si me marchaba al ermitañoismo del campo, sólo podría desquitar mis amarguras contra las criaturitas del bosque, pero las ardillas no dan tanto material como para desquitarme con ellas.

Por tanto, me quedé en la ciudad, y trataba de hacer mi rutina de la forma más solitaria posible, aunque en un espacio urbano esto parezca imposible. Un día de aquéllos, abordé el autobús y me dirigí al primer asiento vacío que vi. Como el trayecto era largo, saqué un libro y me dispuse a leer.

Apenas abrí el libro, cuando un molesto ruido comenzó a perturbarme. Parecía una parvada de guacamayas en celo. Pronto me di cuenta de que aquel escándalo no provenía de exóticas aves, sino de un grupo de señoras (probablemente también en celo) que con tonos agudos parecían querer que todos los pasajeros de la unidad nos mantuviéramos informados del “caso Kalimba”, que era el chisme en boga de aquella fecha.

Al parecer, no fui la única que no quería escuchar el escándalo de aquellas emplumadas damas, así que el chofer contraatacó y puso unas cumbias a muy considerable volumen. Las cumbias no son mi género favorito, pero escuchar que Laura León no es una abusadora me resultaba más interesante que la plática de las guacamayas. Apenas íbamos con el “suavecito suavecito...” cuando al camión se subió un muchacho bien parecido con guitarra al hombro que de inmediato se buscó un lugarcito para empezar a tocar; amablemente el chofer pausó el disco que de seguro se llamaba algo así como Pachangón chilango 2011.

No es nuevo eso de que suban músicos al camión, canten una dos piezas y que pidan una cooperación. Es más, por razones sentimentales yo solía darles una moneda a los que tenían caras de hippies y tocaban a Sabina o Delgadillo. Pero el asunto comenzó a complicarse cuando esta vez, el joven que se subió al camión, en vez de tocar las canciones de rock deprimentemente urbano que yo esperaba escuchar, empezó a echarse los éxitos más cursis y camilecos del momento.

Al parecer era yo la única persona que extrañaba las cumbias. Todos los pasajeros se veían complacidos con la interpretación de aquel cantante. Las señoras guacamayas iban extasiadas, cerca estuvieron de arrojarle su brasier. También una pareja de novios que venía frente a mí se veía muy feliz, el componente masculino de este par iba contentísimo y le decía a su chica “Amor, te acuerdas, esta es nuestra canción, la pusieron en la radio la primera vez que te invité a salir”. Quizá ese chico ignoraba que esa canción sonó unas dieciocho veces al día durante tres meses en todas las estaciones románticas de la ciudad, así que esa tonadilla probablemente también era la canción de otras trescientos cuarenta y cinco mil novecientos cuarenta y ocho parejas.

El Mario Domm de los urbanos se bajó diez minutos después. Las guacamayas le dieron una muy buena propina, y unas palmaditas de aliento, que por educación, pero no por falta de ganas, sólo fueron en la espalda. El novio de la chica estaba tan emocionado con la asombrosa coincidencia de que hubiera tocado “su canción” que le dio veinte pesotes de cooperación.

Entre las cumbias que ya habían vuelto a sonar y el escándalo guacameyesco que no cesaba, me convencí de que sería imposible

concentrarme para leer, así que opté por mi segundo pasatiempo favorito: observar parejas e imaginar todos los horribles matices que seguramente tiene su relación.

Abrí mi libro sólo para disimular y me puse a analizar a los novios que estaban frente a mí. En apariencia, era una pareja tan convencional que, si alguno de los dos fuese devorado por una cabra rabiosa, sería de lo más sencillo para el sobreviviente encontrarle reemplazo al difunto.

Mientras yo observaba discretamente, él abrazaba a su novia, le acariciaba el cabello, la miraba con ternura, tomaba su mano, y a la par de toda esta exhibición innecesaria de afecto, él le relataba con lujo de detalle la gran aventura de imprimir un documento “y entonces mandé a imprimir” “y luego no imprimía” “y le puse más papel” “y después me di cuenta de que la impresora estaba apagada”.

¡Qué pereza! Él era tan insustancial que yo ya estaba considerando mejor escuchar el canto de las guacamayas, pero de repente noté algo interesante; no sólo yo creía que él era un tetazo, también ella, su novia estaba a punto de convulsionar de aburrimiento. Era evidente que ni siquiera lo escuchaba. Ocasionalmente le regalaba una miradilla y le sonreía cortésmente, pero la cortesía está abismalmente lejos de la devoción que él le demostraba. Más deprimente que una pareja que no se quiere es otra que finge hacerlo. En este caso ella fingía muy mal

Cuando él terminó su fascinante historia sobre la complejidad de las impresoras, le comenzó a decir a su novia una sarta de banalidades románticas que concluyeron con un emotivo “Te amo”, al cual la señorita sólo respondió “Yo igual”. Cualquiera habría notado que ese “yo igual” equivalía a un “yo también me amo y encuentro funcional y muy simpático que tú me ames”.

Él jamás notó la frialdad de esa respuesta, tan no la notó que inmediatamente después de recibir esta limosna de afecto la besó agradecido. Ella, como era de esperarse, le correspondió el beso, pero de una forma tan apática que podría jurar que he visto más pasión en una pareja de viejos bisontes ciegos. Seguramente ella sí se creyó esa falacia de que es mejor estar mediocrementemente acompañado que solo.

Las señoras guacamayas ya habían volado a sus nidos, la pareja siguió con su role playing; en el camión ya no había cumbias, tampoco amor, y yo me bajé en la siguiente parada, más feliz que nunca de que

en casa sólo me esperaran dos personas, Annie Hall y el señor Walker, Johnny, como lo llamo de cariño.

(Nota: Esta historia forma parte de una colección intitulada “Crónicas de misantropía”, la cual espera a ser escrita. Algún día, si la apatía lo permite, quedará concluida.)

**Cuento ganador del Primer Lugar en el II Concurso Literario Luvina Joven, 2012, categoría Luvinaria / cuento.*

¡Ya viene, ya viene!*

Damián de Jesús Castillo Preciado

Centro Universitario de Ciencias Exactas e Ingenierías (CUCEI)

Luvina Joven 67

Al fin era sábado, la felicidad y las hormonas inundaban mis venas al grado de no importarme levantarme temprano para realizar las tareas domésticas de fin de semana. El desayuno fue cargado: tres huevos revueltos con chorizo, cuatro quesadillas y una coca helada, porque hoy necesitaría toda la energía posible, al fin había convencido a la Chely de ir a un motel. No había sido nada sencillo, el miedo y las tradiciones de mi vieja siempre se confabulaban para mandarme a mi cuarto a pasar un rato con mi mano; pero este día no, este día se me pondría maciza viendo unas chichis fuera del papel o el monitor.

Como perro enjaulado esperé a que fuera hora de salir; bañado y hasta con bóxers limpios entré al cuarto de mi hermana a tomar unos condones que guardaba en su cajón; bajé a la sala y sin pelar a mi padre que bebía ya la cuarta chela de la tarde fui a la cocina a chingarme un taco que matara la poca hambre que tenía.

—¿No vas a comer más? Por lo menos espera a que te dé un filet

—dijo mi jefa, sacada de onda por el perfume que me había puesto.

—No, jefa, compraré algo en la calle porque se me esta haciendo tarde.

—La verdad es que las ansias de estar entre las piernas de Chely me habían provocado náuseas después del desayuno.

Sin más rollo, salí de la casa en chinga hacia la parada del camión, y en cuanto llegué estaba un 54, como si tuviera todo el día esperándome para llevarme al Cultural, al encuentro con mi mujer. Me trepé y no pasaron ni dos cuadras cuando el primer ambulante pidió chance de trabajar. No es nuevo eso de que suban músicos al camión, que toquen o canten una o dos piezas y que pidan “una cooperación”. Es más: por razones sentimentales, yo solía darles una moneda a los que tenían cara de hippies y tocaban a Sabina o Delgadillo. Pero el asunto comenzó a complicarse cuando recibí un mensaje de Chely, decía que no la querían dejar salir, que no sin que su hermano Carlitos la acompaña-

ra —pinche mocoso, nomas la caga, todo el rato está queriendo ir al baño y no me deja ni tocar a su carnala porque todo se lo cuenta a su jefe—. Le contesté que se pusiera las pilas y se librara del enano, que ya estaba bueno de ser niñeras. Al poco rato me envió otro mensaje diciendo que ya todo estaba arreglado, su hermana le haría el paro de cuidar al chiquillo mientras ella salía.

Esperé veinte minutos en donde habíamos quedado, antes de que Chely apareciera. Quería reclamarle por llegar tarde, pero el enojo se me acabó cuando vi la falda pegadita que traía y la blusa negra que le levantaban sus chichis: lista para el ataque, la muy buenísima.

—¿Cómo estas, preciosa? —le pregunté, sin dejar de barrerla.

—Bien, Felipe, pero ya vámonos para que no nos vea algún conocido.

—Tranquila, reina, ahorita estás conmigo —y no aguanté las ganas de tocar sus nalguitas para calmarla y sonrojarla un poco.

Caminamos por la Calzada hasta media cuadra después de La Paz, ahí estaba el motel que todos mis compas presumían de haber visitado, famoso porque no pedían credencial para rentar un cuarto. Era el único de mi bolita que no se había tirado a su novia, y la carreta ya era insoportable. Cruzamos la calle para llegar al motel y unos güeyes le chiflaron a Chely; para no armarla de pedo, nomás me di la vuelta para verlos, con una sonrisa de oreja a oreja, y les grité “Yo me la voy a coger y ustedes no”. Chely solo re rió de mis “cochinadas”, como ella les dice. Cuando entramos al motel, estaba tipo flaco con la cara llena de espinillas atrás del mostrador y no dejó de mirarnos sino hasta que nos acercamos a pedirle un cuarto. Se empezó a cagar de la risa y le llamó a un señor que al parecer era su tío. El ruco nos dijo que sólo nos lo rentaba por dos horas y nos cobraba cien varos. Saqué la feria de la cartera y el viejo me la arrebató en chinga mientras nos empujaba por un pasillo para decirnos cuál era nuestro cuarto. El lugar estaba asqueroso, olía a miados y tenía una mesa llena de revistas Playboy, pero es lo mejor que se puede conseguir por cincuenta la hora y sin ife. Yo ya la tenía bien parada, y en cuanto se fue el señor, tiré a Chely a la cama y no tardé en dejarla en calzones. Para tener sólo quince años tenía unos pechos bien formados y me apretaban bien sabroso el pecho cuando la rejuntaba contra mí. Ella estaba nerviosa, temblaba como chihuahua de pies a cabeza y me retiró varias veces. A la tercera

le pregunté qué tenía, por qué tanto alboroto. Estaba asustada de que la dejara panzona, de niña su abuelita le decía que si se besaba desnuda con un hombre quedaría embarazada; pobre mensa, estaba tan buena como idiota. Le dije que no se preocupara, que traía condones. Los saqué de mi mochila para ponerme uno. Ya había practicado cómo ponérmelos, además tenía una semana jalándomela todos los días porque disque servía para aguantar más los mecos y tener la berenjena mas rato arriba. Ya tenía puesto el globito y Chely ya estaba toda encuerada, se veía tan chula con la cara roja como jitomate de vergüenza: un angelito nalgón recostado en la cama.

Ya estábamos beso a beso cuando sentí muchas ganas de orinar junto con un torzón en la espalda. No, no podía ser eso, apenas teníamos cinco minutos besándonos y yo creía estar lo más tranquilo posible; pero no había duda, ya venia todo el relleno de mis bolas. Apreté los dientes y las nalgas lo más que pude, pero los mecos estaban aferrados a salir.

—¿Qué tienes, qué tienes? ¿Te sientes bien? —me preguntó Chely con cara de sorpresa.

—¡Ya viene, ya viene! —le dije con la voz quebrada mientras todo el semen salían sin control.

Cuando por fin me calmé, ya no quise seguir, voltéé para abajo y aún seguía parado, pero cada vez lo sentía más aguado. Miré a Chely y le grité que no fuera a andar de chismosa, que si les decía a mis amigos que me había vaciado tan rápido, yo le diría a sus jefes que andaba de zorra con varios cabrones. Nos vestimos y salimos corriendo del cuarto, y al llegar a la recepción, el tipo espinilludo nos siguió con la vista hasta la salida del motel. La llevé a tomar su camión y me regresé furioso a mi casa. Entré sin avisar a nadie y me encerré en mi cueva. Me acosté en mi cama pensando en cómo la había cagado y lo marica que me vi al no aguantar más, pero más que nada pensaba en la figura desnuda de Chely. De tanto recordar sus pezones paraditos, sentí cómo iniciaba el movimiento entre mis piernas. Encabronado, bajé mi pantalón, sólo para comprobar que la tenía bien parada.

**Cuento ganador del Primer Lugar en el II Concurso Literario Luvina Joven, 2012, categoría Luvinaria / cuento.*



Germinaciones
de los talleres de Luwina Joven

Se terminó de imprimir en octubre 2012 en

Punto digital, S.A. de C.V

Libertad N° 1034, Col. Centro

Guadalajara, Jal. C.P. 13210

En la formación de este libro se utilizó las familia
tipográfica Minion pro diseñada por Robert Slimbach.



Germinaciones

de los talleres literarios Luvina Joven

Universidad de Guadalajara

Lectura y escritura son acciones paralelas, complementarias entre sí. Por eso en los talleres literarios Luvina Joven se fomentan ambas, con la intención de que los jóvenes que participan en ellos puedan experimentar el placer de la lectura y sus capacidades individuales como creadores de nuevas realidades.

Estas tapas albergan la manifestación de parte del mundo interno de algunos de los jóvenes creadores que eligieron participar en un taller Luvina Joven (de 2007 a 2011) y explorar las posibilidades que ofrece la riqueza de las palabras y sus combinaciones. Ojalá que éstas sus primeras *germinaciones* sean el augurio de un gran cosecho.

Luvina

ISBN 978 607 450 123 0



9 786074 501230